

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

¡NO ES
UN JUEGO!

**Clot
Mensi**



Los nombrados Rizzo y Cecchi obedecieron y el primero, que también parecía el más joven de los dos, rompió su mutismo.

—Dígame, señor inspector, ¿se trata otra vez de droga?

—En parte —respondió prontamente— la primera alarma es evasión no sólo de divisas sino de algo que resulta más peligroso, objetos de valor, piezas que aunque pertenecen a colecciones privadas, no dejan de ser un tesoro del patrimonio de la nación, en fin, ahora mismo con todo detalle les pondré sobre aviso con las referencias que desde Francia nos han enviado. Por lo visto —añadió después de una leve pausa—, ha sido vista una pieza que pertenece a una familia de gran abolengo residentes en Milano, no hemos dado señales de haber sabido tal cosa, conviene que se confíen y sobre todo, evitar que los entrometidos periodistas metan la pata con su afán de informar, no sé cómo no se dan cuenta de que, la mayoría de las veces, con su divulgación entorpecen nuestro trabajo, es por ello que hemos decidido enviarles a ustedes a Milano, y lo harán con toda discreción, sin que nadie, salvo la policía local, se percate de vuestra presencia. Es un asunto serio, delicado, piensen que si es tal como suponemos, se las habrán con gente de mucho poder, con personas de gran responsabilidad e importancia que, como es lógico, lucharán con todas las armas que posean para evitar que se las descubra.



Clot Mensi

No es un juego

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1738

ePub r1.0

Lds 06.03.19

Título original: *No es un juego*

Clot Mensi, 1983

Cubierta: García

ePub modelo

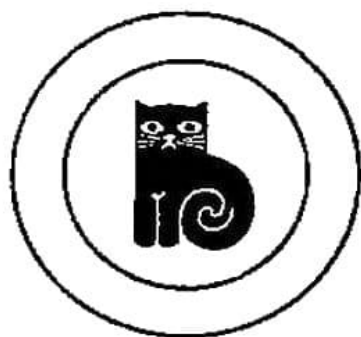
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

—Les he llamado a ustedes —aclaró el gran jefe del Servicio Secreto italiano, el inspector Luciano Mazzoni, al tiempo que dirigía una cordial mirada a los dos hombres que, todavía de pie, le observaban guardando una casi respetuosa actitud—, tanto usted, Rizzo, como usted Cecchi, poseen una brillante hoja de servicio y muy especialmente relacionada con el asunto que ahora nos preocupa, pero ¡siéntense, por favor! —terminó con un gesto amable, indicándoles los asientos.

Los nombrados Rizzo y Cecchi obedecieron y el primero, que también parecía el más joven de los dos, rompió su mutismo.

—Dígame, señor inspector, ¿se trata otra vez de droga?

—En parte —respondió prontamente— la primera alarma es evasión no sólo de divisas sino de algo que resulta más peligroso, objetos de valor, piezas que aunque pertenecen a colecciones privadas, no dejan de ser un tesoro del patrimonio de la nación, en fin, ahora mismo con todo detalle les pondré sobre aviso con las referencias que desde Francia nos han enviado. Por lo visto —añadió después de una leve pausa—, ha sido vista una pieza que pertenece a una familia de gran abolengo residentes en Milano, no hemos dado señales de haber sabido tal cosa, conviene que se confíen y sobre todo, evitar que los entrometidos periodistas metan la pata con su afán de informar, no sé cómo no se dan cuenta de que, la mayoría de las veces, con su divulgación entorpecen nuestro trabajo, es por ello que hemos decidido enviarles a ustedes a Milano, y lo harán con toda discreción, sin que nadie, salvo la policía local, se percate de vuestra presencia. Es un asunto serio, delicado, piensen que si es tal como suponemos, se las habrán con gente de mucho poder, con personas de gran responsabilidad e

importancia que, como es lógico, lucharán con todas las armas que posean para evitar que se las descubra.

—Creo que tiene usted razón —convino Piero Cecchi sin ocultar su preocupación— y de lo otro, de la droga, ¿qué noticias hay?

—Por el momento, todo está oscuro, y que conste que en el aeropuerto de Unate se ha llevado un registro exhaustivo, por allí no ha pasado ni un solo gramo, sin embargo —prosiguió algo pensativo—, nos consta que entra por ahí, por ese sector, es por ese motivo que hemos ordenado una vigilancia especial en la frontera, no se ha de olvidar que por Ventimiglia puede pasar procedente de Francia, siempre se ha de tener presente que Marsella, tanto por mar como por tierra, es un verdadero almacén de distribución.

Los dos hombres guardaron silencio como aprobando lo que el jefe decía Eran duchos en el oficio y habían colaborado también con sus colegas franceses para luchar contra aquella terrible plaga que cada vez extendía más y más sus tentáculos de vicio y muerte.

—Nuestra nación es una de las más propicias para la infiltración de la mercancía —comentó Piero—, tenemos Génova y Nápoles, estamos por mar muy cercanos a Turquía que es un país donde la droga se cultiva en gran escalada, y encima lo que entra por tierra, así que hemos de trabajar como verdaderos lince —esbozó una sonrisa que tanto el jefe como Mario imitaron, aunque el primero recobró rápidamente su actitud no exenta de gravedad.

—Piero está en lo cierto, somos una puerta abierta para recibir esa porquería, pero por eso estamos nosotros, ¡para cerrarla!, y cerrarla de verdad, luchando con todas nuestras fuerzas para evitar que esos seres sin escrúpulo se hagan más ricos a costa de nuestra juventud.

Seguidamente sacó una carpeta del cajón de su escritorio y ante los jóvenes agentes extendió un mapa especial cifrado y les dio las instrucciones adecuadas a lo que esperaba de su nuevo cometido.

—Ahora ya estáis al corriente de todo y de cuál es vuestra misión —les anunció ya como despido, después de haberles dado toda clase de orientaciones.

Ambos agentes saludaron muy respetuosamente y en seguida abandonaron el despacho oficial.

—¡Uf! —bufó Mario cuando ya descendían la escalera—. ¡Vaya papeleta que nos ha endosado!

—Ni que lo digas —convino Piero—, sin pistas, sin referencias, tan sólo por un chivatazo y procedente de Francia.

—En fin, veremos que resultará —esperó a que Piero abriera el coche, ya que una vez en la calle, y sin ocultar su preocupación, añadió—: Cuando le diga a mi mujer que otra vez me largo, ¡no quiero pensar la cara que pondrá!

—Y con razón —atajó su compañero—, ella es joven, lleva una temporada que apenas si para en casa, me hago cargo de que no se alegrará precisamente cuando se lo digas.

Piero puso en marcha el motor, Mario tenía su coche en el garaje, tenía algo en el embrague y había decidido que era mejor que le diera un buen repaso.

—¿Por qué no subes? —invitó con una sonrisa, cuando el coche se detuvo frente a su casa—. Silvana se alegrará de verte.

—No puedo, Mario, he quedado con Claretta y ya es la hora.

—¿No decías que no era tu tipo?, ¡a ver si al fin acabarás casándote con ella! —B dijo en tono alegre, sin malicia.

Piero lo comprendió así porque aceptó la broma, sin embargo, movió la cabeza en forma negativa.

—No —afirmó rotundo—, no me casaré con Claretta, a su lado lo paso muy bien, ¡me gusta!, pero no estoy enamorado, ni es la clase de mujer que yo deseo para madre de mis hijos; ya te lo dije, y creo que esa separación me irá de perlas para empezar a dárselo a comprender, que es mejor que nos separemos.

—Pues casi que sí, porque no es mala chica y cuanto más tiempo sigáis, más le dolerá la separación, en fin, chico, que cada uno tenemos nuestro problema.

Se separaron, quedando de acuerdo en el lugar donde tenían que verse ya en Milano, pues según las órdenes del jefe, cada uno tenía que ir por separado y en fecha distinta.

Piero, tal como había dicho a su amigo, se dirigió al encuentro de Claretta.

Era ésta una preciosa joven de ojos negros y mirada entre ingenua y picara, con un cuerpo digno de ser reproducido en mármol de Carrara, con unas piernas largas, perfectas y unos senos capaces de volver loco al más pintado.

Cierto que había momentos que Piero perdía el control ante tanta perfección y belleza, pero luego, una vez calmado el arrebato,

cuando ya venía el momento de tomar una copita y otorgar unos besos más sosegados, en lo más íntimo de su ser reconocía y se lo confesaba: ¡no amaba a Claretta en la forma que él pensaba o creía debía de amarse a la mujer con la cual uno piensa atarse toda la vida! Estaba seguro de ello, y por esa razón se sentía incómodo ante las demostraciones de cariño de la muchacha, aunque para calmar su conciencia recordaba que él no había sido el primero ni mucho menos en la vida amorosa de su joven amante. Claretta, a pesar de su juventud, había sido una chica muy moderna, que no había hecho escrúpulos a una buena proposición, Piero lo sabía desde el momento en que la conoció, pues fue en una redada en una sala nocturna muy cercana a via Veneto, donde «cazaron» a un famoso distribuidor de marihuana, al cual llevaban ya mucho tiempo siguiéndole la pista. Allí se hallaba Claretta, con unas botas altísimas y una minifalda muy corta. Piero la vio tan joven que sintió piedad por ella.

—No deje que me lleven —le suplicó con los negros ojos llenos de ardientes lágrimas—, yo no he hecho nada, sólo he venido con unos amigos a bailar y beber un refresco, yo no soy drogadicta, ni conozco a ese tipo —miró despectiva al delincuente que en aquel momento iban a llevárselo—. Por favor —insistió—, déjeme marchar, si falto a mi casa mi hermano me matará.

Luego resultó que no había tal hermano, pero Claretta jamás había sido detenida y lo que si era verdad era lo de la droga, no, no había caído tan bajo.

Piero le dejó marchar, luego ella procuró encontrarle para darle las gracias. El fue esquivo, no quería relacionarse con ella, pero era tan bonita e insinuante que al fin terminó por dejar que le llevara a la cama.

Y así seguían, viéndose cuando él se hallaba fuera de servicio. Parecía que desde que se habían hecho amantes ella había dejado de frecuentar los lugares nocturnos a los que había estado tan aficionada.

Con estos filosóficos pensamientos Piero llegó al apartamento donde vivía Claretta, el cual compartía con dos amigas que eran modelos de publicidad. A veces, también Claretta trabajaba en algún anuncio para productos de ama de casa, no tan a menudo como ella quisiera, pero, según decía, lo importante era estar ya

metida en aquel ambiente. Le gustaba porque lo pagaban muy bien y le dejaba tiempo libre.

Piero llamó a la puerta con una especie de musiquilla hecha con los nudillos. Instantes después ya tenía a la joven colgada a su cuello.

—¡Qué alegría que hayas venido! —barbotó entre besos—. Anna y Rosa están en Como pasando unos modelos de bañadores junto al lago, se quedarán allí esta noche, ¿no es estupendo?

Piero sonrió al tiempo que se separaba.

—Lo sería —dijo serio apagando su sonrisa— pero yo esta noche he de ponerme en camino, ¿no recuerdas que te dije ayer que esta mañana Mario y yo estábamos citados en el despacho del inspector Mazzoni?, pues bien, nos ha encomendado una misión lejos de Roma.

—¿Muy..., muy lejos? —inquirió apagada.

—Sí, pero no preguntes, ya sabes en lo que quedamos, las cosas de mi trabajo no han de ser comentadas.

—Lo sé, Piero, pero ¿te has de ir ahora mismo? —Le miró con ansiedad, en seguida se recobró, volvió a ser la hembra, la mujer que reclama las caricias del hombre.

Cierto que Piero quería terminar con aquella situación, pero también era verdad que la joven le gustaba, que era hermosa y tentadora.

Volvió a sonreír, se despojó de su americana.

—De acuerdo —concedió risueño—, puedo quedarme, pero ¿qué hay para beber?

—De todo y para comer también, cuando he sabido que mis amigas no iban a venir, lo he dispuesto todo por si tú quenas quedarte conmigo esta noche.

—Me quedaré, pero no toda la noche, ya te he dicho que he de marchar y como es lógico, antes he de pasar por mi casa para recoger mis cosas.

—¿Equipaje? —musitó alarmada—. ¿Es que te vas por muchos días?

—Ni yo mismo lo sé, nena, así que no te calientes la cabeza, anda, dame un martini fresco y olvida que he de irme.

Claretta, no rechistó, con andar graciosamente provocativo se apresuró a complacerle y cuando ya Piero estaba saboreando el

vermut, apareció con un coquetón salto de cama que dejaba ver más que lo que tapaba.

—¿Te gusta? —preguntó moviéndose como por una imaginaria pasarela.

—¿El modelo, o lo que hay dentro? —Hizo la pregunta con un tono ligeramente burlón.

Claretta dejó de «posar» y se acercó mirándole muy insinuadora.

—Las dos cosas, tonto, pues ambas son para ti.

—Ya sabes que me gustas de todos modos, es decir, sin ese modelito también te prefiero —seguía con su aire risueño, de repente dejó el vaso sobre el velador en el que se apoyaba y la cogió con fuerza, atrayéndola contra su cuerpo.

»Sabes que me gustas —prosiguió después de besarla con ánimos de apasionarla— y no es necesario que gastes en ropa, para mí eres bonita al natural, sin nada —acabó pícaro, seguidamente volvió a besarla hasta que notó cómo ella se rendía.

La levantó en el aire y así con la excitante carga se dirigió a la habitación.

* * *

Era una noche agradable, Piero al volante de su ya pasado de moda, Fiat, iba por la autopista en dirección a Milano.

Amanecía cuando entró en la ciudad. Había hecho una media de cien kilómetros por hora, había preferido tomarlo con calma; como no esperaba a Mario hasta la hora del almuerzo, se dirigió al hotel que ya tenía reservado.

En el hotel se inscribió como viajante de comercio. Una vez se halló en la habitación que le habían designado, se desnudó y tomó una ducha fría.

Pidió que le subieran un zumo de naranja natural y un café. Cuando hubo bebido ambas cosas se tumbó sobre la cama con el propósito de dormir tres o cuatro horas, lo necesario para descansar y sentirse ligero de mente, ya que tan pronto Mario llegara se habían de poner los dos en acción.

Eran las once y media cuando despertó. Sabía que su amigo todavía tardaría en llegar, por eso se arregló y se lanzó a la calle, no para ir de paseo, sino ya en plan de trabajo. Para ello empezó por adquirir una guía sobre el material de Arte que había en la ciudad,

tanto oficial como privado.

Le llamó la atención la descripción de una especie de pinacoteca particular, de una familia por lo visto muy influyente, que habitaban en un viejo palacio del siglo XVIII. Según decía el libro, la pinacoteca, a pesar de ser privada, algunos días de la semana estaba abierta al público.

Piero fue en busca de su coche y seguidamente se encaminó a la dirección allí indicada. A prudente distancia de la regia mansión aparcó y con aire de turista, cargado con su máquina de fotos y el libro-guía llegó hasta la puerta, que según lo escrito, tenía que estar abierta. Pero la halló cerrada.

Entonces se acercó a la puerta principal, a la privada y sin inmutarse pulsó el timbre, no una, dos veces.

Tuvo que aguardar algunos minutos antes de que se abriera. El rostro de un criado todo vestido de negro, salvo la alba camisa, fue lo que apareció.

—¿Qué desea? —indagó no muy amable al sospechar que se trataba de un simple curioso.

—Bueno, es que yo tenía mucho interés por ver la colección de este palacio y aquí —le mostró el libro— dice que los jueves está abierta al público, y como he visto que está cerrado...

—Y lo estará algún tiempo —atajó casi cortándole—, todo el departamento donde se halla la pinacoteca está en reformas y hasta que éstas no se terminen, la galería permanecerá cerrada —hizo el ademán de cerrar ya la puerta pero Piero se lo impidió, procurando poner una cara casi como de imbécil puso el pie en el umbral.

—Oiga, y durante los trabajos, ¿dónde guardan las obras de arte?

—No es cosa que me incumba —respondió tajante—, pero creo que están depositadas en un banco, ¿quiere hacer el favor? —Ostensiblemente dirigió su mirada al pie que Piero todavía apoyaba en el dintel—, tengo trabajo y yo no puedo perderlo con turistas curiosos —dicho lo cual, y al ver que Piero se retiraba, cerró dando un portazo.

Piero se dirigió a su coche de nuevo. ¿Había encontrado algo? Todo era cuestión de averiguar si de verdad aquellas obras estaban custodiadas bajo la protección de una caja fuerte de un banco... o si por el contrario iban siendo sacadas de Italia poco a poco.

Estaba impaciente por ver a Mario ya. Habían acordado que juntos irían a presentarse al jefe de policía tal como el de Roma les había indicado.

* * *

—Chico, creía que ya no ibas a venir hoy —se quejó cuando el mozo que había acompañado a Mario se alejó—. ¿Qué diablos te ha pasado?

—Nada grave, primero tuve una pelea con Silvana, tal como yo presumía, se puso hecha una verdadera furia cuando le dije que me largaba de nuevo.

—En parte, ya te dije que ella tenía razón, si protestaba.

—Lo sé, ¿crees que a mí me gusta ir de un lado para otro?, pero no hubo manera de hacérselo entender, me amenazó con pedir el divorcio, con irse con otro, en fin, que al verla tan fuera de sí no me atreví a dejarla, y eso ha sido todo, me entretuve con ella, anoche la llevé a bailar, primero le compré un vestido y unos zapatos, ¡no quiero pensar en todo ese lío!

—Bueno, pero ahora las cosas están bien, ¿supongo?

—Creo que sí, esta mañana ya parecía calmada, he ido con ella a buscar a los niños al colegio y los cuatro nos hemos ido a merendar, digo merendar porque aquello no ha sido comida, ¡un desastre chico!, no sé la de miles de liras que he pagado por una tontería.

—No le des importancia al dinero, hombre, lo esencial es que Silvana se haya calmado y resignado a una nueva separación.

—Y tú, ¿cómo te ha ido con Claretta?

Piero se encogió de hombros con un gesto displicente.

—Bien, como siempre, lo malo es que no saco el valor para decirle que desde hace tiempo llevo en el pensamiento la idea de que es mejor que nos separemos, pero te prometo que esta vez, a mi regreso, lo haré.

Mario no contestó, se limitó a sonreír. ¡Se lo había dicho ya tantas veces!

Pronto dejaron sus cosas particulares para otra ocasión. Piero le explicó a su compañero la visita que había hecho aquella mañana.

—Es raro, ¿verdad? —terminó con acento dudoso.

—Hombre, puede ser casualidad, de todos modos haremos eso, averiguar si es cierto que esa valiosa colección de cuadros se halla

en un banco.

—¿No te parece que es un poco tarde para presentarnos al inspector jefe? ¿Lo dejamos para mañana e primeras horas?

—Como quieras, tampoco viene de una hora, aunque...

—¿Qué? —le cortó Piero—. ¿Es que prefieres que vayamos ahora?

Como Mario asintió con una leve inclinación de cabeza, ya no hablaron más y en seguida abandonaron la habitación. Unos veinte minutos después se hallaban en presencia del inspector jefe de la policía de seguridad de Milano.

Se llamaba Ugo Zapponni, era un hombre alto, nervioso, de mirada penetrante y a veces escurridiza. Tenía las facciones grandes, nariz, ojos, boca y los dientes algo irregulares, pero muy blancos. Con los jóvenes agentes se mostró atento y después de leer el informe que el jefe superior le enviaba donde le ponía al corriente del porqué de la presencia de ambos en su ciudad y del trabajo que éstos tenían encomendado, les miró más abiertamente.

—Bien, comprendo que todas precauciones son pocas si es cierto que nos hallamos ante gente de mucho poder. Hubiera preferido que esa misión me la hubiese encargado a mí y a mis hombres, pero según parece, teme que haya infiltraciones y ustedes al ser desconocidos, no despertarán ninguna desconfianza en sus investigaciones, en fin, que lo mismo que dice el señor Mazzoni, yo también espero que tengan éxito y pueden contar desde ahora con toda mi ayuda y colaboración.

—Muchas gracias —casi lo dijeron a dúo, pero Piero, como siempre, porque era algo más atrevido que su amigo, inquirió—: Podremos tener ese enlace que nuestro jefe dijo que usted nos ofrecería.

—Claro que sí, ahora mismo voy a ver si está por aquí. Se llama Andrea Migogni, es un buen elemento —hizo sonar un timbre y al momento se oyó una voz que respondía—. Localice al agente Migogni, dígame que se presente en seguida en mi despacho —ordenó siempre usando un tono amable, acto seguido elevó la mirada hacia el rostro de Piero—, creo que tendremos suerte, según parece Andrea anda por ahí, no creo que tarde mucho.

Y no se equivocó. El llamado Andrea pidió permiso para entrar y como le fue concedido abrió la puerta, se cuadró ante el jefe y luego

saludó a los dos forasteros.

—Siéntese, Migogni —indicó el mandamás sin esperar a hacer las presentaciones, cosa que hizo cuando su agente ya se hubo sentado, una vez listo el acto protocolario les aconsejó—. Será mucho mejor que ustedes no se vean en público, cuando tengan que verse, sea por lo que sea, es más aconsejable busquen un lugar discreto, en modo alguno Andrea no debe aparecer por el hotel donde ustedes se hospedan.

—Aquí muy cerca tenemos uno ideal —dijo Andrea muy convencido—, en la plaza del Duomo se hallan las galerías Vittorio Emanuele, allí pasa toda clase de gente, sobre todo turistas, siempre están llenas, noche y día, y un lugar discreto es una tienda de esas galerías, un comercio de grabados antiguos y modernos, os puedo dar el teléfono, y es de toda confianza, el dueño es mi padre, aunque muy poca gente sabe que yo soy su hijo, bueno, que soy policía, allí podremos vernos, en su despacho y estoy seguro de que nadie sospechará nada, entran muchos forasteros para comprar o simplemente para preguntar por el precio de lo que está en el escaparate.

—Pues no es mala idea —admitió Piero—. ¿Qué le parece a usted, señor Zapponni?

—Ciertamente el lugar es idóneo, me refiero por el personal que allí acude, sí convino, —pónganse de acuerdo con lo del teléfono y háganlo así, creo que por el momento no supone ningún peligro.

Ya estaba todo hablado, allí mismo Mario y Piero se despidieron del jefe y del joven que tenía que ayudarles cuando los trabajos de investigación fueran puestos en marcha.

—He de hacer una petición —fue Piero el que volvió sobre sus pasos para exponerla—. ¿En qué forma más discreta se podría averiguar si ciertos cuadros de una pinacoteca particular se hallan en custodia en un banco milanés desde hace un par o tres semanas?

—¿Sabe en concreto de qué colección se trata? —atajó el jefe.

Piero le puso al corriente de lo que había ocurrido aquella misma mañana, le dio toda clase de pormenores.

—Yo lo averiguaré —se ofreció decidido—, tengo buenas amistades por esos sectores bancarios, lo haré en una forma que no puedan sospechar, ¡ya les diré algo... por medio de Andrea! —terminó y esta vez fue la primera que sus labios dibujaron una

sonrisa.

Piero le dio las gracias y ya esta vez sí que abandonaron el despacho.

—¿Dónde iremos a cenar? Tengo un poco de hambre —rezongó Mario cuando iban hacia el coche.

—¿Sabes qué estoy pensando? —Piero parecía animado—. Pues que no estaría nada mal si en vez de subir al hotel nos fuéramos a dar una vuelta por esa galería Vittorio, allí hay uno o dos restaurantes.

—Seguramente muy caros, no son para sueldos de agentes —atajó Mario algo cómicamente.

—¡Bah!, un día es un día..., escucha, que yo tampoco he comido hoy, sólo una *pizza* y un vaso de birra, ¿te parece bastante para alimentar a un tipo tan fuertote como yo? —Piero siguió la broma, imitando a su amigo.

* * *

Estaba terminándose de afeitar. Se miró al espejo con cierto optimismo. Piero era un tipo de hombre más bien delgado, pero bajo su apariencia semifrágil se escondían unos nervios de acero y una fuerza muscular nada corriente. Tenía el cabello y los ojos oscuros, casi negros, labios carnosos pero no exagerados, nariz más bien recta, delgada, haciendo juego con aquella cara que en conjunto resultaba viril y agradable y más cuando sonreía.

De repente la radio detuvo su melodía y una voz femenina anunció que iban a dar más detalles sobre lo ocurrido aquella mañana a primeras horas, referente al autocar que se había incendiado.

Piero prestó atención, no porque sospechara nada en particular, sino para saber lo que había ocurrido y si habían habido víctimas.

La locutora repitió la noticia «por si había algún oyente que no la hubiese oído cuando se había dado el primer parte del suceso». Muy cerca de las instalaciones de la Fiera Camponaria, (Feria de Muestras), precisamente en via Buonarrotti, a causa de un incendio que todavía los técnicos no habían determinado, había quedado casi destruido un autocar sin dar tiempo a que el chófer y la joven que iba como guía de la agencia de viajes, pudieran saltar del mismo y salvarse, ¡las puertas no se abrieron!

Añadió una serie de detalles complementarios. El autocar iba a recoger a los pasajeros que iban con destino a Niza.

Era de una agencia privada de viajes que normalmente hacían el servicio Milano-Niza y retorno, dos veces por semana. No dijo el nombre de las víctimas, cosa que prometió decir en la siguiente información. Lo único que ahora podía añadir era que los dos habían muerto. Y terminó con unas palabras llenas de «suspense». ¿Accidente fortuito?, ¿venganza?, ¿terrorismo? «Estaba segura de que todo se aclararía y pronto podría poner a sus amigos oyentes al corriente de la verdad».

Piero cerró el aparato. Pensó que era embrollar las cosas aquella forma de hablar, bastante intranquilos se hallaban todos con la delincuencia, el terrorismo y los fraudes, para que encima, por una cosa que seguramente era un accidente, lo rodearan de aquel misterio y aquellas dudas.

Piero desayunó frugalmente, como era su costumbre, un jugo de naranjas y un café bastante cargado. Ya iba a salir cuando le llamaron al teléfono. Era de parte «del fabricante señor Baldo», en seguida pensó que debía tratarse de Mario, que daba nombre falso para despistar. Pero se equivocó. Era el agente milanés, Andrea.

—¿Te sería posible ir a la Galería? —le preguntó después de decirle sólo su nombre.

—Dentro de un cuarto de hora o veinte minutos estaré allí.

—De acuerdo, hasta entonces pues...

Piero saludó y colgó. En parte estaba intrigado. ¿Qué quería Andrea?

No tardó en saberlo. Andrea le presentó al librero, que era su padre, un señor de grandes bigotes y mirada astuta que le acogió muy amablemente.

Su hijo ya le había puesto al corriente de quién se trataba.

Ninguno de los tres hombres se había fijado en una mujer que con un pañuelo estampado cubriendo sus cabellos y unas gruesas gafas oscuras ocultando sus ojos, desde el escaparate les miraba ansiosamente y toda ella parecía un manojo de nervios.

Al momento que el señor Migogni se llevó a Piero para enseñarle el resto de la tienda, aquella joven, al ver a Andrea solo, después de mirar recelosamente a su alrededor, se decidió y entró.

—Por favor —rogó al tiempo que buscaba un lugar donde no

podría ser vista desde el exterior—, necesito su ayuda, ¡yo sé que usted es policía!, le conocí en la frontera hace algunos meses, ¡tiene que ayudarme! —repitió con voz y gesto angustiado.

Andrea iba a responder pero en aquel instante su padre y Piero hicieron acto de presencia. La desconocida pareció como asustada, cortada, a través de los opacos cristales le dirigió una mirada como pidiéndole discreción.

—No tema, puede usted hablar con entera confianza, mi amigo, Piero, es también policía como yo.

—¿Qué le ocurre? —inquirió el aludido volviéndose de cara a la que parecía misteriosa mujer.

—Estoy confusa, asustada, y sobre todo, terriblemente triste, me siento culpable de la muerte de dos personas inocentes —hizo aquella trágica confesión y se puso a llorar, se quitó las feas gafas y sacó un pañuelo de su bolso que llevaba colgado al hombro y se limpió los ojos—. No exagero —prosiguió con acento dolorido—, yo quiero que la policía lo sepa todo, ¡todo!

—Veamos —fue de nuevo Piero quién tomó la iniciativa—, ¿de qué personas inocentes está hablando usted?

—Del chófer y la guía que esta mañana, apenas hace unas horas, han muerto horriblemente, atrapados entre las llamas del encendido autocar.

Piero se acordó de lo que había oído antes de salir del hotel.

—¿Y qué tiene usted que ver en todo esto? —le espetó reteniendo su mirada; vio que ella no parpadeaba, que la aguantaba con valentía señal que, la mayoría de las veces, casi todas, evidenciaba un signo de veracidad y honradez.

—Dios mío —gimió—, si tengo que contarle a borbotones ustedes no me creerán, y yo necesito que comprendan que no soy culpable, que lo que ha ocurrido ha sido una desdichada burla del destino, mire, ante todo yo les diré quién soy: me llamo Mirella Viltinni, soy guía con carnet internacional y era la que debía hallarme esta mañana en el autocar —otra vez se puso a llorar—, Dios mío —clamó y Piero se convenció de que no hacía comedia—, la pobre Loretta muerta en forma tan horrible y por culpa mía.

—¿Por qué dice usted que fue por su culpa? ¿Por qué era usted la que debía estar en el autocar y por la causa que sea la que se encontraba allí era ella? Usted no tiene la culpa de que haya

ocurrido el accidente.

Los preciosos ojos femeninos, todavía llenos de lágrimas se clavaron en el rostro de Piero casi con énfasis.

—¿Accidente, dice? ¡Nada de esto! Ayer noche el coche estuvo en el taller y fue revisado todo, además, yo sé que lo único que han buscado ha sido querer matarme a mí.

—¿Matarla? —Ahora fue Andrea el que la interrogó—. ¿Y por qué supone usted una cosa así?

—Bueno, es largo de contar, y yo sé que si les digo así, fríamente, sin ninguna clase de explicación por qué han intentado matarme, ustedes me juzgarán mal, no creerán en mi inocencia, en que yo lo que hice, lo hice sin maldad, sin sospechar ni remotamente lo que de verdad hacía.

Cada vez se embrollaba más la cuestión, pero Piero intuía que aquella joven no mentía, que era cierto que estaba asustada.

—Vamos por partes —dirigió una rápida mirada a Andrea—. ¿Te parece bien que entremos ahí dentro?

—Oh, sí, claro, es mucho mejor, venga —invitó la muchacha—, iremos al despacho de mi padre y allí con calma, con tranquilidad podrá usted decimos lo que de verdad le ha ocurrido.

Ella pareció complacida, y cuando Andrea inició la marcha hacia el lugar indicado le siguió, detrás de ambos iba Piero.

Una vez en la elegante sala-escritorio, Andrea le rogó que se sentara.

—Y ahora tranquilícese, puede usted empezar por el principio, o lo que usted prefiera, nosotros la escucharemos y luego ya sabrá nuestro parecer.

—Sé que algo de culpa tengo —admitió ya del todo serena y demostrando mucha entereza—, jen modo alguno debí aceptar aquel trabajo...!, claro que ya he dicho que yo no sospechaba nada, ahora, después que supe la verdad, me di cuenta de lo ingenua que había sido, comprendí que había caído en la trampa como si fuese una niña de diez años.

—¿Qué trampa? —Ara vez era Piero quien preguntaba.

—La que me tendieron sin yo darme cuenta, y todo ocurrió de una manera sencilla, normal, en realidad creo que otra persona también hubiese podido ser tan incauta como yo lo fui.

Adosado a la pared había un pequeño sofá. Entre los dos

hombres lo hicieron avanzar hasta dejarlo casi frente al butacón que ella ocupaba. Se sentaron, y Andrea con un gesto, la invitó a hablar.

—Tengo que decirlo todo, desde un principio, a mi manera, así podrán juzgarme mejor, yo les ruego que tengan paciencia, ¡no pueden imaginar lo que llevo sufrido desde hace unas horas!, no lo aparto de mi cabeza.

—Procure olvidarlo ahora, usted trate de recordar, porque la verdad, estamos impacientes por saber, por conocer esa historia.

Ella inclinó la cabeza y con voz segura, empezó a hablar.

CAPÍTULO II

Sí, se llamaba Mirella Viltinni, había nacido en Boltellina, un pequeño pueblecito perdido en la falda de una alta montaña alpina.

Desde los catorce años vivía en Milano, en casa de una tía, no carnal, a la que al principio casi había servido como si fuese una criada; luego ella había estudiado, tenía facilidad para los idiomas y como no podía emprender el estudio de una larga carrera, optó por la de guía turística, la cual llevó a término con buena clasificación y no tardó en hallar un buen empleo en una de las más prestigiosas agencias de viaje de Milano. Cuando se vio con un buen sueldo y capaz de poder tener su propio apartamento, lo comunicó a su tía, que protestó un poco, pero luego se resignó, comprendiendo que el deseo de la joven era normal y justo. Al poco tiempo llegó Tonio, su hermano menor, el cual tampoco quería vivir en el pueblo. Y Mirella consiguió para él una plaza en la agencia. Primero como chico de hacer recados, ir a buscar billetes de trenes o de avión, los papeles de propaganda de la imprenta, en fin, un trabajo sencillo que le permitía poder ir a estudiar por la noche y tomar sus clases para aprender a conducir, Tonio quería ser chófer de autocar, ir a visitar países bonitos, lejanos, como hacía su hermana.

Hacía cosa de siete meses que a Mirella le habían dado un trabajo fijo, ir de Milano a Niza, dos veces por semana, ir y volver.

No le piada mucho, a ella le gustaba más el ir cada vez a un lugar distinto, incluso le encantaba ir conociendo su propio país. Por eso había hecho excursiones a Roma, Venezia, Firenze, Nápoles, Capri y muchos otros lugares preciosos que ella ni se había atrevido a soñar que algún día lograra visitarlos.

Aquel viaje lo alternaban también dos chóferes, Dino y Gianfranco, este último casado y padre de dos preciosos niños que

en compañía de su madre, solían acudir al lugar donde finalizaba el viaje. Por eso – Mirella les conocía, así como a Ginetta, la esposa, joven y bastante hermosa que siempre acogía la llegada del marido con una sonrisa y unos besos cálidos.

El otro, Dino, era soltero, muy alto y guapote, raro era el viaje que no conseguía un ligue, por ello Mirella no hacía ni la más remota pizca de caso a sus galanterías, a sus insinuaciones, ella siempre le rehuía, a causa de su carácter tan especial, Mirella no podía confiar en él, así como hablando con Gianfranco era natural y sincera, abierta y tal cual era, con Dino no se atrevía, por eso entre los dos había como una especie de fría barrera.

Porque ella pensaba que él se equivocaba al considerarla como a la mayoría de sus conquistas pasajeras.

Hacía algo así como tres meses que las cosas en su vida habían experimentado un ligero cambio. A su hermano Tonio, cuando estaban a punto de concederle su ansiado carnet especial, le sobrevino una especie de raro desmayo que requirió la inmediata intervención de una consulta médica. Y después de la misma una orden drástica: nada de trabajo, nada de fumar, ni perder horas de noche, incluso el estudio tenía que ser más limitado.

Mirella tuvo un susto terrible, pensó lo peor, pero el doctor la tranquilizó; con cuidado y haciendo caso a todo lo prescrito Tonio recuperaría su salud, se trataba de una ligera afección a uno de sus pulmones, pero no era grave porque se había cogido a tiempo, ni siquiera había llegado a sangrar.

A Gianfranco en uno de los viajes le contó sus tribulaciones. Tonio necesitaba cuidados especiales y encima no ganaba casi nada.

Fue en aquel mismo viaje cuando empezó lo que ella venía a contar. Hacía un par de semanas que había llevado a un pasajero de Milano a Niza, en una o dos ocasiones se había acercado a ella para invitarla durante las discrecionales paradas que solían hacerse a lo largo del trayecto. Era siempre en uno de los paradores Pavesi o Monza, ella había rehusado con una amable sonrisa alegando que allí, ni ella ni el chófer tenían que pagar nada, su consumición era gratuita. El, la última vez, fingió no recordarlo e insistió, ello dio lugar a una más larga conversación. Se presentó como representante de importantísimas empresas textiles, no le dijo su apellido, sólo su nombre de pila, Renzo, el motivo de sus continuos viajes era

precisamente para llevar los nuevos muestrarios.

—Estamos en tratos con varias firmas de Lyon —explicó—, en Niza me reúno con otros representantes franceses, hacemos intercambios y nos ponemos de acuerdo para imponer las nuevas telas y los nuevos colores de moda.

—Muy interesante —contestó Mirella, más bien por cortesía que por deseos de alargar la charla.

Pero él volvió a la carga y tal como había hecho notar, fue aquella semana cuando ya empezó el asedio.

—La veo muy cambiada —le dijo al tiempo que le ofrecía un cigarrillo que ella rechazó alegando que no fumaba, (cosa que era cierta)—, no sé, siempre es usted la imagen viva del optimismo y hoy la encuentro apagada, triste, incluso antes, mientras usted hablaba con el conductor, me ha parecido que se limpiaba los ojos, como si estuviera llorando. Dígame, ¿son fantasías mías?

Mirella le vio tan solícito, tan interesado y al mismo tiempo tan educado y cortés que no vio otra salida que contarle la verdad, referente a la enfermedad de su hermano.

—Es una lástima —contestó él, luego esbozó una paternal sonrisa—. Pero no debe preocuparse, lo que le han dicho los médicos es cierto, ¡ya verá como dentro de poco su hermano estará completamente restablecido!

Era tan atento, tan formal, ello hizo que Mirella perdiera su reserva y a partir de aquel viaje casi se hicieron amigos.

—¿Qué hace usted la noche que permanece en Niza? —quiso saber Renzo al siguiente viaje.

—Nada de particular, algunas veces voy al cine si la película me atrae, otras me quedo en el hotel, ¿por qué lo pregunta? —terminó intrigada.

—Porque me gustaría invitarla, ¡no se alarme!, todo es en plan formal y amistoso, soy un hombre casado, adoro a mi esposa, tengo tres hijos, así que ya ve usted que puede confiar enteramente en mí. ¿Ha estado en el casino?

—No me atrae el juego —contestó rápida—, además, tampoco llevo ropa adecuada, sólo lo preciso para el viaje —lo explicó sonriente, pero firmemente dispuesta a no aceptar ninguna invitación.

—Siendo así —se resignó—, no insistiré... ya veo que no le soy

simpático.

—Está equivocado, señor Renzo —atajó vivamente—, lo que le he dicho respecto a la ropa es cierto, pero es que además, con lo de mi hermano, no estoy de humor.

—¿Cómo sigue? —se interesó, parecía que en modo alguno quería romper la leve amistad que Mirella mostraba haberle concedido.

Ella le refirió lo hablado con el médico en ocasión de la última visita que hizo a Tonio. Éste se hallaba en una clínica de convalecencia y el doctor que le atendía había dicho a la joven que la cama ya la precisaban para otro más grave, que lo más adecuado era que el enfermo se fuera ya a su domicilio.

—¿Qué hará allí solo? —se lamentó ella—. Yo estoy siempre de viaje y con lo que gano, no tengo para pagar a una persona para que le atienda.

Renzo no hizo comentario alguno... en aquel momento, pero a la semana siguiente, poco después de pasar la frontera de Ventimiglia, en la que como era habitual, revisaron el equipaje de los pasajeros, menos el de Gianfranco el chófer y la blanca maleta de Mirella, en la primera parada que hicieron, ya en tierra francesa, Renzo hizo una observación.

—Me ha llamado la atención desde que empecé a viajar con esta compañía, que su equipaje y el del conductor jamás los abren, ni siquiera los miran.

—Es normal —dijo ella algo asombrada—, pasamos dos veces por semana, nos conocen de sobra, ¿para qué han de mirarlo?

—Tiene razón, ha sido la mía una observación estúpida.

—¿Qué quiere usted que traiga o me lleve? —añadió ella algo sonriente—. Somos de confianza, tanto al chófer como a mí, nos tienen más vistos que a su gato.

En el instante de llegar a Niza, Renzo buscó quedar el último. Dio una fuerte suma de propina al conductor, como tenía por costumbre y luego se dirigió al encuentro de Mirella que en aquel instante correspondía al saludo de una joven pareja que iban de luna de miel a la Costa Azul.

—He estado pensando que usted podría serme de gran ayuda —le espetó tan pronto los otros se alejaron—, y al mismo tiempo yo lo sería para usted, en la parte económica.

—No le entiendo, ¿qué puedo hacer yo para ayudarle a usted? Y en cuanto a mí, ¿en qué puede usted ayudarme?

—No podemos hablar este asunto aquí, ¿por qué no permite que venga luego a buscarla a su hotel y nos sentamos en algún café y entonces, con tranquilidad, podré aclararle todas sus dudas?, responderé a sus preguntas, pero piense antes de dar una negativa, que tan sólo se trata de un servicio y que éste es el que se puede pagar muy bien, ¡acepta mi invitación, signorina Mirella!, yo sé bien que le conviene e interesa.

—Está bien —cedió con algo de reserva—, venga usted y en el mismo bar del hotel, podremos hablar.

No dijo nada a Gianfranco sobre lo hablado con el señor Renzo. En parte se hallaba intrigada, ¿qué era lo que iba a proponerle?

Su compañero una vez hubieron cenado la invitó para ir al cine, hacían una película de ciencia-ficción que todavía no se había estrenado en Milano.

—Gracias —contestó pensando en la extraña cita que tenía pendiente—, pero me quedará un ratito en el salón viendo la tele.

Como eran buenos amigos, él respetó su deseo, la saludó y se marchó seguidamente. Mirella, tal como había dicho, se fue al salón y allí se presentó Renzo, elegantemente vestido con un traje oscuro.

—Bueno, voy a quitarle su preocupación —empezó él, algo risueño, mientras iban calle abajo, hacia la dirección del mar—. Me ha salido un trabajo, también de representante, pero para ir a Alemania, como usted comprenderá, si lo acepto he de perder el que tengo actualmente, el cual es muy bien remunerado y fácil, ¡total, llevar el muestrario y regresar con otros, si es que me parecen interesantes!, pues bien, yo lo que quiero proponerle, es que durante el tiempo que yo estaré de prueba en la otra empresa, usted haga mi trabajo, ¿ve por dónde voy?, pues si diese la casualidad de que lo de Alemania no cuajaba, es decir, no me convenía, entonces yo no habré perdido las firmas de Milano. ¿Lo ha comprendido?, ¿sabe lo que le propongo?

—En efecto —admitió Mirella—, pero yo no dispongo de tiempo para ir a mostrar esas telas ni para ir a recogerlas.

—Sé bien que es cierto, por eso, he buscado la colaboración de dos amigos, uno en Milano, otro en Niza, o sea, que la maleta se la llevarán hasta el punto de salida del autocar y si usted lo quiere

más discreto, se la llevará a su casa; en cuanto en Niza, vendrán a recogerla al mismo momento de la llegada del autocar o en el hotel, es usted quien tiene la última palabra.

—Antes de responderle, quisiera saber su otra oferta, ¿en qué me ayudará usted a mí? —Le miró serena, con firmeza para darle a entender que no iba a aceptar fácilmente.

—Usted está pasando un mal momento financiero, su hermano es una carga que difícilmente puede usted sobrellevar, ¡deje que sea yo, agradecido a su colaboración, quien le solucione ese problema familiar! Por cada muestrario que entregue, le daré cincuenta mil liras. ¡No responda ahora! —atajó con viveza—, antes consúltelo con la almohada. No es mucho su cometido, pero así yo me iré a Alemania tranquilo, porque si aquello va mal, sabré que tengo lo de aquí seguro.

—Está bien, lo pensaré.

Después de invitarla a tomar un refresco que Mirella aceptó más bien por no desairarle que por sed, regresaron al hotel. Renzo no entró, en el umbral del mismo la saludó galantemente y se alejó.

Ella subió a su habitación, una vez acostada empezó a buscar los pros y contras para decidir si había de acceder a lo propuesto por el viajante o no.

¿Qué perdería con probar? Si era tal como él había dicho, no representaba mucha obligación, en cambio aquellas cincuenta mil liras le irían de maravilla para poder hacer frente a los gastos que la recuperación de Tonio imponía. No lo dudó más, como él había dicho que aquella vez también hacía con ellos el viaje de regreso a Milano, decidió que le daría la respuesta afirmativa durante el mismo.

Todo quedó acordado, ella prefirió lo más discreto, que el muestrario se lo llevaran a su casa y en cuanto a Niza pensó que lo más conveniente era el hotel.

—Yo lo dejaré en la recepción —dijo sin admitir otra sugerencia—, usted diga a nombre de quién y esa persona que se identifique, allí se lo entregarán inmediatamente.

El nombre era Marcel Dumenil, ella lo anotó y no pudo evitar que una especie de rubor cubriera su rostro cuando Renzo le puso en una mano un sobre. Sabía que allí estaban las cincuenta mil liras.

—No ponga esa cara —él había notado su repugnancia—, no hace nada deshonesto, al contrario, piense que si lo otro no marcha como yo espero y deseo, gracias a usted tendré seguro mi empleo, que es lo mismo que decir la seguridad de mi hogar, el pan de mis hijos.

Aquellas palabras tuvieron la virtud de devolverle a la joven su tranquilidad de conciencia. Claro que no había nada indigno en su cometido, ella no hacía un trabajo del que pudiera sentirse avergonzada, al contrario, su acción era noble y si en vez de hallarse en la circunstancia económica en que se hallaba no tuviera quebraderos de cabeza monetarios, se habría ofrecido para hacerle aquel trabajo sin cobrar nada.

Pero la necesidad de dinero, impide, la mayoría de las veces, que según qué acciones se vean tal cual son.

Claro que ella tenía otro tanto a su favor, la primera vez que le trajeron la maleta y también la segunda obligó al portador que la abriera, no por sospecha de lo que luego resultó, ¡eso no!, en su cabeza no se había albergado ni el más remoto indicio de que su misión no era pasar muestrario, sino otras cosas. Exigió aquella seguridad para que luego no dijeran que habían puesto cosas demás. Pero al ver que sólo se trataba de unos cuadros de preciosas telas, ya no insistió y acabó por llevarla sin saber ya su contenido.

Ni siquiera sospechó cuando al cabo de dos meses, la maleta se había hecho más grande. «Es muestrario de invierno», le aclaró el mensajero, que era a su vez quien le entregaba el dinero.

Y vio en efecto telas gruesas, muy elegantes, con colores señoriales y tampoco sospechó.

Ella, al llegar a Niza, entregaba el bulto al encargado de recepción, con el nombre indicado por Renzo, aquel tal Marcel Dumenil que ella ni siquiera conocía.

Pero una noche, hacía de ello ya pocas semanas, cuando saludó a Dino, que en este viaje era él quien conducía el autocar, se quedó de pie en el dintel de la puerta. Un hombre se le acercó.

—¿Es usted la señorita Mirella Viltinni? —inquirió con un italiano de marcado acento francés.

—La misma —respondió secamente—, ¿qué desea usted?, ¿quién le ha dicho cómo me llamo?

—Renzo, he tenido carta suya de Alemania, ahora está en

Colonia, me ha escrito porque su amigo de Milano le ha dicho que ahora en la empresa quieren que él se encargue de recoger los muestrarios que procedentes de Lyon, llegan a Niza.

—Creo recordar que el señor Renzo ya me habló de algo sobre este particular; por mi parte no hay inconveniente, usted la trae al hotel y yo la llevaré a Milano, igual como hago a la inversa.

—Gracias, el señor Renzo ha dicho que si usted aceptaba, si era tan gentil de su parte, pues que yo le entregara también un sobre, creo que con la mitad de la cantidad del otro, pero en francés, así usted podrá disponer de dinero por si quiere adquirir algún producto francés.

Quedó aturdida, no supo qué responder, luego reaccionó:

—No, no —protestó amablemente—, usted no tiene que darme nada, yo haré el trabajo, así lo acordé con el señor Renzo.

—Lo sé, pero él quedará más tranquilo si sabe que usted acepta esa pequeña cantidad, ¡si no es nada! —porfió—, total, le servirá para comprar un perfume.

Y Mirella ya no supo qué decir. Aceptó el sobre, pero su asombro fue mayúsculo cuando al abrirlo, ya a la tercera vez, comprobó que su contenido era distinto. ¡Había quinientos francos... nuevos!

Y pasaron dos semanas más. Mirella estaba llena de gozo porque a Tonio, el médico le había dicho que estaba ya recuperado, que con mesura, podía incorporarse a su antigua vida cotidiana.

Y fue precisamente su hermano el que le hizo caer la venda de los ojos.

—Estoy contento, Mirella, yo sé lo que te habrás empeñado para ayudarme en mi recuperación, pero no temas, ¡yo trabajaré duro y en seguida podrás quedar libre de deudas!

Mirella, con su innata sinceridad, con aquella inocencia que era tan suya, lo sacó de su error.

—No existen tales deudas, Tonio, al contrario, he trabajado en una especie de colaboración para un representante y he podido ganar ese dinero que tanta falta nos hacía, no, Tonio, no debo nada a nadie, así que nada de trabajar a tope, haz lo que el médico ha recomendado, hacer las cosas con mesura, sin excesos de ninguna clase, en cuanto a los alimentos seguiré controlándolos yo, no quiero que se repita el pasado.

Tonio sonrió, luego la cogió de los hombros:

—¡No sé qué hubiera sido de mí si no llego a tenerte a ti, Mirella!, eres más que una hermana; nuestra madre allá en el pueblo no se ha enterado de nada, yo, antes de incorporarme al trabajo iré a Boltellina, y como ya estoy bien, le diré toda la verdad y cuanto has hecho por mí.

—No, Tonio, no digas nada, madre es una mujer muy primitiva, puede enfadarse al saber que no la hemos avisado, además, quizá hasta se crea que miento en eso del dinero ganado extra, así que déjalo, no la pongas al corriente de todo este susto que ya, gracias a Dios, está pasado.

Tonio, como buen italiano buscó los azules ojos de su hermana, retuvo su mirada.

—Dime, Mirella, ¿en qué consiste ese trabajo de colaboración? Sin omitir detalle se la contó.

—¿Qué te pasa? —musitó Mirella al verle palidecer.

—No quiero asustarte, pero antes que nada, ¡rompe ese compromiso!, dile a ese hombre, al francés o al italiano que en la agencia han descubierto ese trabajo tuyo y que te lo han prohibido, que ya no puedes continuar.

—Pero... ¿por qué?, si el señor Renzo ya está por llegar.

—¿Estás segura?, ¿sabes ahora lo que hay en esas maletas?

—Tonio, por favor, las he mirado muchas veces, además, ahora la que me dan en Niza es pequeña, sólo contiene un muestrario de seda natural.

—O droga —murmuró Tonio sin mirarla.

Mirella abrió los ojos como si fueran a salirse de las órbitas.

—¿Qué tontería estás diciendo?

—Ojalá sea eso, hermana, ¡tontería!, pero por favor, hazme caso, al primero de los dos que veas, le dices que se acabó, ¿comprendes?, que perderías el empleo, o algo parecido, pero sobre todo, ¡quítate ese compromiso de encima!

Se levantó más temprano que nunca, ¡ojalá tuviese suerte y pudiera ver al recadero!, pero su gozo quedó destruido al instante, porque la simpática sonrisa de donna Gina apareció entre las cortinas de cuentas de colores y sonriente le dijo:

—Ahí tiene la maleta, vaya con ese señor, usted es demasiado buena, mira que llevarle este trasto hasta el autocar.

—Pero me paga el taxi —se le ocurrió contestar para no despertar sospechas.

Aquello pareció complacer a la anciana portera y Mirella cogió «el trasto», efectivamente cogió un taxi y se dirigió al lugar de partida del autocar.

Otra vez Dino, el cual tenía levantadas las tapas del portaequipajes, aquella vez ella dejó las dos maletas en su sitio habitual.

—Cada día estás más hermosa, hasta recién levantada eres bonita —rondaba junto a ella y la miraba pícaro.

—No seas bobo, que yo no soy como esas tontas que, a veces, encuentras en el viaje y se creen a pie juntillas todo lo que les dices.

—Créeme —le confesó y parecía sincero—, ¡ya estoy harto de conquistas fáciles!, quiero sentar cabeza, encontrar una mujer y casarme, a veces, envidio a Gianfranco cuando veo lo feliz que es al lado de su mujer y con esos hijos tan preciosos, sí —recalcó—, quiero formar un hogar, pero ¿dónde encontraré una mujer que sea como Ginetta, la esposa de Gianfranco?, ahora las mujeres ya no son como antes, no les importa el recato ni la decencia, ¡salvo tú, claro, que eres una chica fuera de serie! —Se puso a enumerar sus encantos ante la divertida sonrisa de Mirella que aceptaba todos aquellos cumplidos, pero sin dejar que las palabras del don Juan, pudieran hacer mella en su ánimo y mucho menos en su corazón.

Llegaron a Niza y como era ya su costumbre, no se marchó para encontrarse con otros compañeros de profesión, seguramente se iban a alguna discoteca a bailar, a buscar un pequeño «ligue».

Esperó la llegada del tal Marcel sentada en un butacón del amplio *hall* del hotel. Veinte minutos tuvo que permanecer allí, fingiendo que leía una revista ilustrada.

—Quiero hablar con usted, señor Marcel —le dijo a bocajarro, después de corresponder secamente al amable saludo del recién llegado.

—¿Es muy importante lo que va a decirme? —inquirió—, lo digo porque si es así, nos iremos de aquí.

—Sí, lo prefiero...

—Ahí fuera tengo el coche, deje que coja la maleta y podemos irnos a cualquier lugar que usted misma indique.

—No tengo preferencia, coja usted eso y yo le espero ahí fuera.

Cuando él llegó junto a ella ya con el maletín en la mano, Mirella se volvió a mirarle, cara a cara, sin temor.

—He pensado que no vale la pena alejarnos de aquí —iban andando hacia el lugar donde él tenía el coche aparcado, no era lejos, unos cincuenta o sesenta metros de allí.

Llegaron junto al vehículo. Marcel abrió la puerta trasera y dejó la maleta en el doble asiento, luego se ladeó y clavó su fría mirada en los ojos de la joven.

—¿Qué diablos pasa?, ¿a qué tanto misterio? —Gruñó al tiempo que sacaba su paquete de cigarrillos y sin invitarla, encendía uno y se ponía a fumar, sin dejar de mirarla.

—No hay misterio, no pasa nada, salvo que yo ya no puedo continuar llevando esas maletas arriba y abajo.

¿Por qué?, ¿quién se lo impide?

—Nadie, pero sé que en la agencia sospechan, así que prefiero dejarlo antes de que puedan decirme algo, aprecio mucho mi empleo, y como comprenderá, no estoy dispuesta a perderlo, me ocurre lo mismo que al señor Renzo, a quien ya imagino trabajando en la otra empresa, pues para una prueba ya ha pasado demasiado tiempo, creo que yo he cumplido con mi promesa.

—No lo pongo en duda, pero está usted equivocada, Renzo todavía no está fijo en la otra casa, por eso seguimos ayudándole nosotros, pero creo que no tardará mucho en decidir una cosa u otra, ¿por qué no espera un poco?, pueden ser un par de viajes nada más.

—Está bien, pero comprenda usted también mi situación, antes siempre iba a la agencia por la mañana y junto al conductor me dirigía al lugar donde suben los pasajeros, ahora, para que allí no vean la maleta, me voy directa al autocar y el otro día me dijeron por qué causa no iba allí primero como solía hacerlo siempre.

—Ah, ¿conque es eso, solamente?, pues no hay problema, usted vaya a la agencia como tenía por costumbre y al momento de partida la maleta le será entregada, ¡total un par de viajes, ya se lo he dicho!, y piense que el señor Renzo se lo agradecerá.

Aceptó, nada podría pasar por un par de veces, pero luego, cuando ya estuvo sola, se reprochó el haber sido tan blanda. ¿Qué diría su hermano cuando supiera que no había sabido romper de una vez con aquella gente?

Tonio se enfadó.

—No creo una sola palabra de todo ese cuento, ¡vete a saber lo que te llevas y lo que traes!, y ahora no podremos averiguarlo, dices que ya no traerán esa cosa aquí, ¡qué rabia!

Hizo los dos nuevos encargos, ahora con miedo, su hermano le había puesto la sospecha en su mente, cuando pasaba la frontera casi tenía que hacer un esfuerzo para corresponder a las bromas de los dos jóvenes carabineros.

Aquella noche se sentía ya tranquila, iba a ser la última vez que viera al señor Marcel, con toda entereza le diría que ya no se llevaba nada más y mucho menos iba a traer más muestrarios.

Se acercó a él con aire resuelto, audaz, se sentía libre de no sabía qué culpa.

—Hola, señor Marcel, ¿viene usted a recoger el último maletín?

—Salga un momento —rogó con aspecto muy grave—, en seguida estoy con usted.

Lo mismo que la semana anterior salió con la maleta y se plantó delante de ella.

—¡Ya está bien de guasa! —tronó airadamente—. Ya estoy jarto de tantas tonterías, usted seguirá como hasta ahora o...

—¿O qué? —le cortó decidida—. ¿Es que me está amenazando?

—Lo que pretendo es acabar con ese tonto juego, señorita, ya está bien, creo que se está pasando con hacerse tanto la ignorante. Usted está metida en el lío, no puede evadirse, ¡tiene que continuar!

—¡Está equivocado!, no le tengo miedo, y si intenta hacerme algo iré a la policía.

El hombre se echó a reír, su risa era sarcástica, hiriente. Por la piel de Mirella recorrió como una especie de escalofrío.

—¿Por qué se ríe usted?, ¿es que cree que tengo miedo?

Me importa un comino lo que usted tenga, lo único que le recuerdo es que tiene que seguir, y ¡acabemos de una vez!, tenga su dinero.

Mirella se cruzó de brazos.

—No lo quiero, no lo cogeré, ahora mucho menos, aunque me estuviera muriendo de hambre no lo cogería, sé que he sido una incauta, una tonta, pero no soy una delincuente, ¡no quiero nada... ni traeré nada más! —Sin saludarle se alejó de su lado, andando rápida para meterse en seguida en el hotel.

Subió a su habitación, estaba asustada como nunca, tentada estuvo de esperar a Dino para contarle lo que le pasaba.

Todavía no se había metido en la cama cuando sonó el teléfono. Con mano trémula descolgó.

—*Mademoiselle* Mirella, aquí hay un señor que pregunta por usted, quiere verla, dice que es muy urgente.

—Gracias, Pierre, dile que ahora mismo bajaré.

El que la esperaba era un señor alto, de aspecto respetable, se adelantó con la mano tendida, ella le dio la suya, fríamente.

—¿Está usted seguro que es conmigo, con quien desea hablar? —aventuró al ver que se trataba de un caballero.

—¿Acaso no es usted la señorita Mirella, la azafata del autocar que viene de Milano?

—En efecto, soy yo, ¿en qué puedo servirle, señor...?

—Dupres, pero para usted, soy Jean —aclaró con una afable sonrisa.

Era un hombre distinguido, apuesto casi, y sobre todo, vestía elegantemente. Mirella se sintió más sosegada.

—¿Le apetece tomar algo?, podemos sentarnos ahí al lado, en el bar —ella comprendió que era una invitación de doble sentido, la invitaba, sí, pero le exigía que fuera para hablar.

Aquello se estaba complicando. ¡Cuánta razón había tenido Tonio! Siguió al desconocido y al momento ya se hallaban sentados frente a frente, en una de aquellas pequeñas mesas, la más aislada, eso sí.

—Vengo a decirle que usted es libre de hacer lo que quiera, yo soy el director de la empresa donde el señor Renzo va a trabajar como representante, así que ya no hay porque seguir fingiendo que es él quien sigue con la representación de la empresa de Milano, ¡gracias por su colaboración, señorita!

—Entonces, ¿quiere decir que el señor Marcel ya no me amenazará más?

El caballero sonrió, Mirella volvió a sentir aquel raro escalofrío.

—Téngalo por bien seguro, ¡ese hombre bebía mucho!, lo hemos *enviado* —aquella palabra sonó diferente al oído de Mirella—, a otro lugar —prosiguió aquel hombre que ella empezaba a ver menos apuesto y mucho menos caballero—. Ahora usted no tiene que tener ningún temor, ¡nada ha pasado!, el señor Renzo cuando pueda ya

vendrá a saludarla y a darle las gracias, sin su colaboración su trabajo hubiese sido menos eficaz, ¡ah, y aquí tiene su último sobre!, cójalo, es una tontería despreciar un dinero que se ha ganado honradamente.

—Preferiría no tomarlo —dijo tímidamente—, no sé, me sentiría más ligera, más tranquila.

¡No sea chiquilla!, hoy en día el dinero siempre es necesario y más para una mujer joven como usted.

Antes de que ella pudiera responder, se levantó, fue en busca del camarero que les había servido y después de abonarle el importe se marchó.

Apenas durmió; al día siguiente, al mediodía, mientras comían, Dino la observó sin disimulo.

—Estás pálida, haces ojeras, ¿no te encuentras bien?

Tentada estuvo otra vez de confiarse a él, pero se dominó, sonrió levemente.

—Eres terrible, ¿es que has olvidado que las mujeres tenemos unos días muy delicados?

—Vaya, ¿con que así estamos?, ¿con el período?, ¡haberlo dicho antes!

Ella le dejó con aquella creencia y así se evitó el dar explicaciones.

Regresaron a Milano, el próximo viaje era Gianfranco el que iba al volante, el mismo Dino lo remarcó, porque él se iba unos días a Rana también trabajando, claro, ¡no era un turista!

Mirella llegó a su casa y a pesar de que era una hora algo avanzada despertó a su hermano y le puso al corriente de todo lo acaecido en Niza.

—Vaya, ¡menos mal que ya estás libre de todo ese embrollo!, nunca sabremos si era verdad o mentira, siempre ignoraremos el verdadero contenido de esas maletas.

—Lo prefiero —confesó ella—, pues si fuese lo que tú sospechabas, ya no podría vivir tranquila, el remordimiento me roería.

Tonio sonrió y la besó en la mejilla fraternalmente.

—Duerme y sueña dulcemente, la pesadilla se ha terminado, ¡olvídala!, ¡ah! —exclamó tocándose la frente con la palma de la mano—, el que por poco se olvida soy yo, hay un telegrama de

madre, pasado mañana vendrá, quiere que la vea el oculista, dice que va a necesitar gafas, ¿te das cuenta?, aquí todo quisqui las lleva y ella con sus cincuenta y pico de años está preocupada porque ha de ponérselas.

—¿Dices que va a venir pasado mañana?, pero ¡si yo he de salir de viaje! —Parecía apurada.

—¿No puedes pedir que por una vez te sustituyan? —aventuró Tonio y añadió—: Creo que por una vez que madre baja a la ciudad, tú no puedes estar fuera de ella, ¡lo tomaría a mal!

—Y tendría razón, además, quiero verla y estar ese tiempo a su lado, desde la Navidad que no nos hemos visto; mañana a primera hora llamaré al jefe de mi departamento y le diré que ponga otra en mi lugar, ¡chicas no les faltan!, además tienen a Chiara y a Loretta que conocen muy bien la ruta.

CAPÍTULO III

Mirella interrumpió el detallado relato que había hecho sin ninguna pausa. Se puso a llorar silenciosamente, cubriéndose el rostro con ambas manos.

Los dos hombres habían escuchado llenos de atención todas sus palabras.

—Vamos a ver —fue Piero quien habló, lo hizo con acento casi cariñoso—. ¿Está usted segura que todo lo que nos ha dicho es todo lo hablado con esos hombres?

—Sí, claro, todo, aunque creo que he olvidado un detalle, la penúltima vez que hablé con Marcel, ahora recuerdo que él me preguntó si yo estaba tan asustada porque había hablado del asunto con otra persona y yo, para demostrarle que era sólo cosa mía, silencíe lo hablado con mi hermano, así que recuerdo bien que le dije que nadie sabía absolutamente nada, tan sólo yo y ellos. Es lo único que creo que he omitido, pero ha sido porque no me acordaba.

—Eso cambia las cosas —comentó Piero dirigiéndose a Andrea —, quizá la chica tenga razón, si sabían que ella no lo había dicho a nadie, es muy posible que lo del autocar no haya sido un accidente, sino un medio para deshacerse de ella.

—¡Claro que sí! —gimió la joven con los ojos todavía llenos de lágrimas—, ellos ignoraban la llegada de mi madre... ¡han querido matarme y ha sido la pobre Loretta quien ha pagado por mí!

—Cálmese —le aconsejó Piero que era quien llevaba la iniciativa —, la cosa ya no tiene remedio, pero hemos de obrar de prisa para que ellos no sepan que se han equivocado y que usted sigue viva.

—¿Qué piensas hacer? —inquirió Andrea ya puesto en tensión para actuar.

—Lo primero ponerme ahora mismo en contacto con tu jefe, el señor Zapponni debe estar al corriente de todo ese embrollo y antes que nada, hemos de llamar a radio y prensa para que no divulguen el nombre de la verdadera víctima, eso es primordial, y desde aquí mismo tenemos ya que avisar.

Andrea se puso al teléfono, instantes después estaba hablando con el señor Ugo, su jefe al que pedía aquella autorización para silenciar la verdad.

Piero cogió el auricular.

—Soy Rizzo —aclaró—, creo que tenemos aquí el meollo de muchos asuntos, sería conveniente que usted, discretamente, viniera a la Galería, pero antes ponga esa orden, ¡los malhechores tienen que creer que la que ha muerto es otra persona y nada de insinuar cosas ajenas a un simple incendio del autocar, que crean que no se sospecha nada!

—Si le sirve de alivio —le dijo Andrea—, puede llorar, nos hacemos cargo de su estado de ánimo.

—Ustedes no pueden ni siquiera imaginarlo, estaba en la consulta, en casa del oculista, con mi madre; para los que estábamos esperando nos distraían con la música de la radio, de pronto esa terrible noticia, no sé cómo he podido continuar allí, mi mente estaba junto a aquel autocar convertido en un montón de chatarra... y entre ella los cuerpos de Gianfranco y Loretta, mis compañeros, Dios mío, he creído enloquecer, como he podido he llevado a mi madre a casa y entonces me he echado a la calle, ¡no sabía qué hacer!, iba temblando, loca de dolor y de miedo, por eso me he puesto ese pañuelo a la cabeza, esas gafas, me he metido en la Galería y entonces le he visto a usted, recordé que le había conocido en la frontera, Paolo uno de los carabineros que siempre están allí, me dijo que usted era de la secreta, por eso le he hablado, porque necesito que alguien me oriente, porque no sé qué puedo hacer ni adónde ir.

—No anda descaminada —terció Piero—, usted está en peligro, si la revisión del autocar confirma lo que ya sospechamos, sería conveniente que usted no se dejara ver, cuando sepamos la verdad, nosotros mismos iremos a hablar con el dueño de la agencia.

—No —rogó—, prefiero decir que me veo obligada a acompañar a mi madre, que no está buena y he de quedarme allí, en Boltellina

con ella.

—Pues no estaría nada mal que eso lo hiciera usted.

Andrea había telefonado a todos los lugares que el señor Ugo le había indicado, algo risueño se acercó a Piero.

—Creo que hemos tenido suerte, el comunicado radiofónico que tenía que revelar el nombre de las víctimas no ha sido dado, iba a ser emitido dentro de un cuarto de hora, naturalmente lo darán, pero ya el que hemos convenido.

—Sí —convino Piero—, hemos estado de suerte, sobre todo, usted, señorita Mirella, al menos por el presente, se ha librado de un grave peligro y en cuanto a nuestra labor, ha sido estupendo, ¡porque ahora la pandilla esa se confiará!, ¡estoy seguro que no tardarán mucho en intentar hallar otra como usted!

—¿Quiere decir? —dudó algo asombrada.

—Usted no conoce a esa clase de personas, para ellos lo único importante es el negocio, las vidas humanas no cuentan, es lo mismo que los terroristas, parece como si ahí dentro, en el pecho, sólo tuvieran billetes o ideas equivocadas.

En aquel momento hizo su aparición el jefe de policía Iba sin escolta, vestido con un elegante traje gris claro y fumaba un grueso puro, ¡daba toda la apariencia de un ricachón burgués!

Fue Piero quien en rápidas parrafadas le puso al corriente de todo lo ocurrido, le presentó a la joven y luego expuso lo que él imaginaba existía en todo aquel entarimado.

—No anda usted descabellado, y tiene razón, usted jovencita, no puede volver a su casa, tiene que irse lejos del barrio, que todos supongan que es usted la que perdió la vida en ese siniestro.

—Puede albergarse en mi hotel —arguyó Piero, que no sabía por qué, deseaba conocer más a fondo a aquella mujer, como policía tenía sus dudas, a pesar de que en todo momento le había visto una gran sinceridad y mucho verismo en sus palabras.

—Me parece bien, puede usar un nombre falso, y salir lo menos posible, nosotros tenemos que ponernos a actuar y para nuestra seguridad usted debe estar oculta para que en verdad la supongan muerta.

—Yo la acompañaré —se ofreció Piero, pero esta vez pensando en policía—, usted vuelva a ponerse esas gafas y el pañuelo, se coge a mi brazo y cogeremos un taxi, en cuanto a Andrea, si a usted le

parece bien —aventuró ahora dirigiéndose al jefe—, puede coger mi coche, está a dos calles de aquí, es un Fiat negro con matrícula de Roma, tenga, ahí la tiene —la escribió en un pequeño bloc que sacó del bolsillo, arrancó la hoja y se la entregó—, sería conveniente que usted, señorita Viltinni llamara a su casa.

—¡No! —cortó el comisario—, usted, según me han dicho, enteró de todo a su hermano, pues que él sepa la verdad también ahora, pero sólo él, y que diga a su madre que usted ha tenido que salir de viaje urgentemente.

—Lo creará, cuando la he dejado esta mañana le he dicho que era porque me habían llamado de la agencia, afortunadamente, mientras daban la noticia del accidente, ella se hallaba en el servicio, así que no está enterada de nada.

—Otra baza a nuestro favor, lo más seguro sería que usted escribiera una nota a su hermano, Andrea se encargará de llevarla, su madre marchará tranquila.

—Pero triste y muy disgustada —musitó la joven pensando con tristeza en los planes que había hecho para pasar juntas unos días.

—¿Cree usted que es conveniente que entremos juntos al hotel?

—Sí, es un lugar discreto, además, usted no lleva equipaje, despertaría sospecha... pero de otra clase, déjeme hacer a mí, ya verá cómo lo arreglo.

Y lo hizo, pero muy requetebién. Presentó a la joven como sobrina del jefe de su empresa, a quien habían robado el equipaje a la salida de la estación.

—Ya sabe cómo está aquello, ha dejado su maleta y se ha ido unos instantes para comprar una revista y cuando ha regresado ya no había ni señales de su equipaje, ¡menos mal que no llevaba mucho, porque el resto lo facturó!

El hombre lamentó la pérdida y se alegró de saber que había podido salvar el otro.

Frente a la puerta de la habitación que le habían asignado, Mirella se volvió y dirigió al joven una agradecida mirada.

—Gracias por todo, le juro que todavía estoy bajo esa terrible impresión, yo agradezco todo lo que ustedes han hecho por mí, pero sé que me costará aceptar esa idea tan terrible.

—¿Qué idea?

—La de que ellos dos han muerto por mi culpa, si yo no hubiese

aceptado la proposición del señor Renzo, nada de toda esta desgracia habría ocurrido.

—¿Y qué sacará con atormentarse?, cierto que indirectamente ha sido usted la causa, pero ya ha pasado, no podrá remediar nada; créame, procure serenarse y olvidarlo, el que usted sufra no la conducirá a nada aprovechable, al contrario, puede perjudicar sus nervios y con ello el resto de su salud —le sonrió cordialmente y ya dispuesto a cortar le dijo—: si me precisa para algo, estoy en la 215, precisamente encima de usted, ¡no dude en llamarme!

—Gracias, y no tema, si estoy apurada ya le llamaré —también esbozó una tímida sonrisa y seguidamente abrió la puerta y entró en el aposento.

Piero subió los escalones que separaban los dos rellanos.

Lo primero que hizo al cerrar la puerta tras de sí, fue localizar a Mario, tuvo suerte porque éste respondió a su llamada.

—Querido colega, tengo un muestrario muy interesante para mostrarle, ¿quiere usted pasar por aquí o prefiere que vaya yo a verle?

—No se moleste, como he de ir a visitar a un cliente, cuando salga iré a su hotel.

—Aquí estaré, no pienso moverme...

Antes de una hora los dos amigos se hallaban hablando.

Con todo lujo de detalles y pormenores, Piero puso a Mario al corriente de las últimas e interesantes novedades.

—Como te digo, chico, todo parece un engranaje, ¡claro que son sólo suposiciones!, pero quién te dice que no esté en lo cierto, ¿eh?

—Cuanto más pienso en ello más atinada veo tu sospecha, ¡creo que aquí está la clave de las dos cosas que perseguimos... evasión y droga!

—Sería mucha suerte haber dado en el clavo, de todas maneras he pensado que lo primero que hay que hacer es que tú te vayas a Niza, ponte en contacto con la policía local y el servicio secreto de la Costa Azul, indaga sobre ese tal Marcel Dumenil y lean Dupres, aunque puede ser fácil que los nombres sean falsos, ¡quizá no, quién sabe! Teniendo en cuenta que confiaban en la inocencia de la joven, no sería muy descabellada suponer que no fingieron su identidad, en cuanto a mí, yo procuraré saber algo de ese Renzo, ése será difícil, porque sólo se dio a conocer con el nombre de pila, pero

Andrea se cuidará mañana de traerme el fichero de los tipos que correspondan con los datos personales que la señorita Mirella nos ha dado.

—¿Es cierto que esa señorita está aquí? —preguntó interesado.

—Sí, pero no es conveniente que nos vean con ella, además casi tiene prohibido salir de la habitación.

—¿Y dónde comerá?

—Le subirán la comida, al lado hay una pizzería, muchos clientes del hotel lo hacen así, sirven otros platos calientes si uno los pide.

—¿Y dices que es una chica bonita?

—Pero ¡anda ya curiosón!, tú eres casado, no tienes que preocuparte por si la chica es guapa o no —lo dijo con tono risueño, Mario también sonrió y luego añadió picarón—: claro, y como tú eres el soltero, te la guardas para ti solito.

Piero se puso repentinamente serio, hasta su compañero se asombró ante el cambio.

—No quiero que albergues malos pensamientos —dijo con gravedad—, esta chica, como tú la has llamado, es una auténtica señorita y para mí es tan sagrada como pueda serlo tu mujer, tu Silvana, para ti.

—Me asombras, ¿qué te pasa?

—Nada, que uno está tan acostumbrado a tratar con mujeres fáciles que cuando te encuentras con una que es oro de ley, te aturdes.

—¿No irás a decirme que te ha impresionado?, ¿y Claretta?, ¿te has olvidado de ella? —En absoluto, pero creo recordar que ya te dije que iba a terminar con el romance, sabes de sobra que ella me gusta... pero no es la clase de mujer que sueño para esposa.

—Comprendo, bueno, no te sulfures, no he dicho nada.

—Así me gusta, esa chica debe quedar al margen, es sólo una parte providencial de nuestro trabajo, del encargo que nos ha traído a les dos aquí, a Milano. —De acuerdo, entonces me voy a tierra franchute, ¡ya sabrás algo de mí!

—Ten cuidado, ya nos dijo el jefe en Roma que nos las íbamos a ver con gente sin escrúpulos, sin sentimientos, así que ojitos abiertos y nada de confiarse, ah, y recuerda, déjate caer por el bar que está junto al hotel.

—Sé cuidarme, pero gracias por los consejos —era la despedida.

Piero le acompañó hasta la puerta, se estrecharon la mano.

—No olvides tenerme al corriente, si es que tienes suerte y averiguas algo.

—*Ciao* —Mario le dirigió una risueña mirada y se alejó.

Piero aguardó a que su compañero bajara hasta la entrada, entonces cerró la puerta pero quedándose en el rellano, descendió a su vez pero solo hasta el otro piso, se detuvo frente a la puerta de la habitación donde había dejado a Mirella y decidido llamó.

Ella abrió sigilosamente, pareció sentir alivio al ver de quién se trataba.

—¿Puedo pasar? —preguntó muy cortésmente.

—Claro que sí, entre —invitó algo tímida, pero visiblemente agradecida por la visita—. Si tengo alguien con quien hablar, creo que dejaré de romperme el cerebro, ¡no sabe usted, no puede imaginar lo que estoy sufriendo a causa de todo lo ocurrido!, daría años de mi vida para que sólo hubiese sido un sueño, bueno, más bien dicho, una pesadilla.

—Desengáñese, ha sido una realidad y si sigue así no sacaré nada en limpio, ya se lo he dicho antes, ponga los pies en el suelo, enfrente con la verdad, repítase a sí misma que usted cuando empezó el trabajo lo hizo creyendo a pie juntillas lo que ese individuo le dijo ser, sólo así conseguirá poner orden en ese caos que ahora se debate su mente.

—Creo que tiene usted razón, las cosas han resultado horribles pero yo ni en sueños tuve la más remota sospecha de que hacía algo malo.

—Así me gusta, anímese, ¿no tiene hambre?, creo que usted y yo no hemos comido nada, salvo el café que el padre de Andrea nos ha traído, ¿qué le parece si hacemos algo así como una merienda cena?

—¿Quiere decir salir a la calle? —apuntó alarmada.

—No, se puede telefonar desde aquí a la pizzería que hay abajo y te suben lo que quieres. ¿Qué desea?

—La verdad —musitó— es que casi no tengo hambre.

—Pero hay ése casi, así que algo comerá, ¡déjame hacer a mí! —decidido se dirigió al teléfono que había en la habitación sobre la mesilla que se hallaba al lado del cabezal del lecho—, póngame con la pizzería, por favor, la signorina Mónica quiere comer algo y yo

también, gracias —hubo una pausa y seguidamente Piero volvió al habla—. ¿Qué tienen de plato hoy, además de las *pizzas* y *spaguetti*? —Escuchó y pareció complacerle—, estupendo, traiga dos raciones, una botella de vino, ¡usted mismo, da igual!, servido para dos y un buen postre, tarta o fruta, espere —se volvió de cara a la joven que seguía de pie en medio de la habitación mirándole—. Mónica, ¿qué prefiere, ¿tarta o fruta?

—Un poco de fruta del tiempo.

—Bueno —dijo al que estaba a la otra parte del hilo—, fruta, la que usted crea más apetitosa, la signorina está desganada, sí, de acuerdo, *ciao* —colgó y muy sonriente avanzó hasta Mirella—. Mónica, ¿me gusta ese nombre!

—¿Conoce usted a alguna mujer que se llame así?

Se puso a reír, y ella le observó, ¡cómo cambiaba su cara cuando sonreía! Se sintió más confiada.

—Hace poco, cuando estaba en Roma fui una noche al cine, vi una película muy divertida de Mónica Vitty y Ugo Tognazzi, creo que se llamaba *Pato a la naranja*, pero lo que me ha hecho pensar en eso, es que esa artista tiene sus mismas iniciales, M. V., ¿se da cuenta?, y por ello al inscribirla he dado ese nombre; Mónica Vilsinni, por si usted tiene algo grabado.

—Piensa usted en todo.

—Es parte de mi oficio, ¿qué, ¿se siente más tranquila, ya? —Volvió a esbozar una sonrisa y ella también sonrió.

—Sí, lo estoy desde el principio, pero el que yo esté tranquila porque confío en usted y sé que me protegerá, no quiere decir que no sienta dentro de mí toda esa pena y desesperación que lo sucedido esta mañana ha levantado en mi pecho.

—Me hago cargo y es lógico que así sea, eso demuestra que es humana, pero recuerde que la vida se impone y no olvide lo que le he aconsejado antes.

—Procuro hacerlo, pero hoy todavía es muy pronto para que trate de olvidarlo.

Piero iba a contestar pero en aquel instante se oyeron unos discretos golpecitos en la puerta.

Rápido fue a abrir. Era el camarero que traía el servicio. En seguida dispuso una mesa que se hallaba adosada a la pared, junto a una ventana que daba a la calle.

—¿Les parece bien? —inquirió cuando todo quedó dispuesto.

—Muy bien, gracias. —Piero sacó un billete de mil liras y se lo dio.

—Muchas gracias, *signore* —dicho lo cual el camarero se retiró.

—¿Le gustan los raviolis? —Piero se mostraba optimista, luchaba para que la joven no sufriera por lo que ya no tenía cura—. Me han dicho que los estaban haciendo para un banquete, así que hemos tenido suerte, son recién hechos.

—Pues a mí me encantan, muchas veces, en los días que hay entre viaje y viaje, los hago en casa para Tonio, mi hermano y para mí; él siempre me pide que haga de más, y cena también de lo mismo.

Piero ya había empezado a comer, al momento de ponerle vino en el vaso buscó su mirada, la retuvo.

—¿No le parece que ya es hora de que dejemos ese trato tan fuera de lugar?

—¿A qué se refiere usted?

—Precisamente a eso, ¡a usted!, ahora ya no se lleva, de haberla conocido en otras circunstancias estoy más seguro que nunca la habría tratado así, de usted, bueno, Mónica, ¿puedo tutearte?

—Desde luego, yo lo prefiero, así me siento menos cohibida, además, ¿no estamos comiendo juntos y en una habitación, mi habitación? —recalcó algo risueña—. Tienes razón, ya era casi ridículo ese trato, claro que nuestro encuentro ha sido tan dramático que no se prestaba a otra cosa.

—Bueno, rota ahora ya esa muralla que nos intimidaba, sigamos comiendo y charlando como buenos amigos. ¿De veras has nacido en esa aldea de los Alpes?

—Sí, y allí estuve hasta los catorce años, pero iba a la escuela, no dejé de ir ni un día, por eso la maestra me dijo que yo debía irme a la ciudad, mi madre también quería todo lo mejor para mí, por eso escribió a su cuñada, era la esposa de un tío mío que hacía ya algunos años que había muerto, ella vivía sola, así que mi madre la convenció, le dijo que yo sería una buena compañía para ella.

—¿Y lo fuiste?

—Sí, más de cuatro años viví con ella, ¡fui como una criada!, por eso cuando me vi con un buen sueldo y con dieciocho años cumplidos la planté; si hubiese sido más comprensiva, más humana

estoy segura que me hubiese quedado a su lado pero cada vez se hacía más dominante y más exigente, ¡no la podía ya soportar!

También contó cosas de su infancia, luego, después de morder un grano de uva casi con gesto de niña traviesa, te preguntó:

—Y de ti, ¿no me explicas nada?, con esa profesión, la de cosas que habrás visto.

—Estaría un día contando, en fin, eso ya vendrá, en cuanto a mi vida particular, soy soltero.

—¿Sin novia?, ¿sin amiguita? —le cortó mientras mordía otro gajo.

—No, no tengo novia formal, es decir, para casarme, en cuanto a lo segundo hay algo, pero sin compromiso, bueno, quiero decir que ya hace tiempo deseo cortar.

—Pero ¿no puedes?, ¡quizá es que te gusta!

—Es bonita, joven, puede gustar a cualquier hombre, pero yo no quiero ya continuar con ella, prefiero que encuentre otro tipo, Claretta es buena chica, ¡en fin!, me refiero a sentimientos, pero no es de la clase de mujer de la que yo me enamoraría. Ella guardó silencio y en aquel instante de nuevo llamaron a la puerta.

Piero abrió, era el joven de conserjería con otro hombre, éste llevaba sombrero, gafas oscuras y un fino bigotito, además iba cargado con dos maletas.

—Es un empleado de consigna, le he pedido que deje las maletas abajo para encargarnos nosotros de subirlas, pero se ha negado.

—Verá señor —se excusó el hombre y en aquel momento Mirella que había quedado discretamente al fondo de la cámara, avanzó resuelta y casi cortándole y mirando al empleado del hotel, exclamó —: déjele que se explique, puede usted retirarse, nosotros atenderemos a este señor.

El tal señor dejó escapar un bufido de alivio cuando la puerta se cerró tras el diligente conserje, se quitó el sombrero, las gafas y ante Piero apareció un joven que él no conocía pero que al ver cómo Mirella se echaba a su cuello casi llorando, imaginó al pronto de quién se trataba.

Y no se equivocaba, en efecto, era Tonio, el hermano de la joven.

Cuando vio que las efusiones y las explicaciones nerviosas de ella ya daban paso a las razonadas preguntas se creyó con el

derecho de intervenir.

—¿Cómo te has atrevido a venir aquí?

—Verá, ese amigo suyo, policía, Andrea, me entregó la carta de Mirella estuve a punto de no creerle, ¡yo no había leído el periódico ni sabía nada!, así que dudé antes de creerle. Entonces me lo explicó todo, tal como había ocurrido y yo le dije que necesitaba ver a mi hermana, convencerme por mis propios ojos de que en verdad no le había ocurrido nada. Y aceptó, pero con esa condición, que yo procurara no ser identificado.

—¿Vino Andrea a verle a su casa? —aventuró aunque dudoso de que el agente milanés hubiese cometido aquel patinazo.

—No, señor, ha sido a la salida del trabajo, en la parada del autobús, me ha pedido fuego y al momento de dárselo me ha dicho que tenía un recado para mí de parte de mi hermana, ¡he sentido miedo, Mirella! —Se volvió a la indicada—, creía que aquel hombre era el viajante, en la fracción de un minuto no sé la de ideas descabelladas que han galopado por mi mente, pero todas terribles, todas viéndote en peligro; cuando ese policía y yo nos hemos puesto a andar, creía que te habían secuestrado, ¡ha sido horrible!, menos mal que al subir al coche que tenía en la esquina se ha dado a conocer, y aquí estoy, contento ahora de verte bien, pero atemorizado ante lo que ha ocurrido, ¡podías haber sido tú la víctima!

—Calla, no me lo recuerdes, ¡yo debía estar allí!

Piero se interpuso de nuevo.

—Por favor, Mónica —la llamaba así para acostumbrarla—, no vuelvas a lo mismo.

—¿Usted se llama Piero? —preguntó Tonio mirando al aludido sin pestañear—, también tengo un mensaje para usted, de orden de don Ugo, mañana a las once en la Galería, usted ya sabe dónde.

—Gracias y ahora debes irte, no es muy normal que un mensajero permanezca tanto tiempo ante un cliente.

—Tienes razón. —Tonio no le tuteaba, pero parecía aceptar con agrado el que el otro lo hiciera. Besó a su hermana, le prometió cautela y estar en contacto con Andrea para saber de ella.

—No sé lo que la policía lleva entre manos —dijo ya al momento de ir a abrir la puerta— pero yo creo que puedes confiar, en cuanto a madre, se ha disgustado, ¡claro!, pero como cree que es

cosa del trabajo se ha resignado y ha partido en el tren de las tres.

—¡Pobre mamá!, y yo que le había dicho que estaríamos tres o cuatro días juntas, en fin, anda, vete Tonio, y ¡cuídate!

Un nuevo fraternal beso y el joven ya calado el sombrero y puestas las negras gafas se marchó.

—Me gusta ver a unos hermanos tan bien avenidos —comentó Piero al quedar de nuevo solos.

—Siempre nos hemos querido mucho, nos llevamos muy poco, sólo dos años y medio tengo yo más que él, de niños nunca nos habíamos peleado y ya de mayores siempre hemos estado muy unidos.

Piero no contestó, se quedó pensativo. ¿Para qué quería verle el jefe?

* * *

Dos o tres días después de los hechos relatados, en un precioso chalet, casi a la altura de la Premiére corniche, en un elegantísimo salón de la misma se hallaba sentado Jean Dupres, aquel hombre de elegantes maneras, de apuesto continente y aspecto de perfecto caballero.

Sobre la mesa se amontonaban los periódicos, sobre todo los italianos y más concretamente los procedentes de Milano.

Tres hombres más se hallaban también sentados ante él. Uno de ellos, era el que Mirella hubiese reconocido al instante como el viajante señor Renzo.

—Tan bien que iba todo —se lamentó Jean—, esa chica era de una inocencia infantil, ¡ese idiota de Marcel metió la pata al darle más dinero!, eso la asustó, la hizo sospechar, ¿estás seguro de que ella no se confiaba a los conductores?, con alguno de ellos debía acostarse, es lo más normal.

—En esa joven no, aunque llevaba más de nueve años viviendo en Milano, su condición de pueblerina no la había abandonado, físicamente sí, era ya toda una joven de ciudad, pero sus conceptos de la decencia seguían inalterables y si me dio palabra de no hablar de ello, estoy seguro que la cumplió.

—Renzo no está equivocado, pues nadie ha dicho nada, ni se ha hecho el más leve comentario sobre una cosa así —el que había hablado, con un francés cerrado, acento marsellés, era un hombre

todavía joven, delgado y de aspecto deportivo, ágil. Se llamaba Henry y era el enlace que venía de Marsella.

—¡Ha sido una lástima que hayamos tenido que prescindir de ella! —comentó cínicamente Dupres—. En cuanto a Marcel ya ha pagado su culpa.

—Es cierto —admitió el que había permanecido callado y que tenía unos ojos pequeños, inquietos, de esos que revelan un alma ruin y brutal—. Un día de éstos aparecerá su cuerpo flotando en las aguas de la Riviére.

—Normal, todos los días aparecen personas ahogadas —fue Dupres quien otra vez manifestó su cinismo—. En cuanto a lo de Milano, tengo que reconocer que ese amigo tuyo, (se dirigía a Renzo), ha hecho un trabajo de artista, ¡nada, ni un indicio ha dejado para la sospecha!, todos los periódicos están de acuerdo, ¡fue un accidente!, estalló el motor, ¡menos mal que los autopullmans esos no llevan caja negra como los aviones! —lo decía complacido, sonriente y los otros corearon su gracia.

—Yo ya sabía que Gianni me haría quedar bien. —Renzo hablaba con cierto pavonismo—, como ya os he dicho, estuve en el entierro del chófer y nadie, nadie hizo comentario alguno, todos coincidían en que había sido una desgracia.

—Por cierto, y el entierro de la chica, ¿es que no se ha hecho? —inquirió el jefe vivamente interesado.

—Sólo una misa, ella ha sido llevada a Boltellina, allí nació y creo que allí viven sus padres.

Dupres encendió un grueso habano, todos guardaban silencio esperando a que hablara y expusiera sus planes, diera sus órdenes.

—Tenemos que asegurarnos de que en efecto esa chica no habló, si ello es así, insistiremos.

—¿Qué quiere decir, jefe, con eso de que insistiremos? —Atrevióse a preguntar Renzo.

—Necesitamos otra chica, ya sabemos que una tan perfecta como esa pueblerina no la encontraremos, pero tú, Renzo, puedes volver a Milano y empieza el trabajo.

—¿Quiere que de nuevo me finja viajante y vaya con la maletita arriba y abajo?

—En efecto, y en la misma compañía, tú eres un tipo sagaz, te darás cuenta en seguida cuándo podrás actuar, ¡no te precipites!, no

importa que pasen unas semanas, es cosa de paciencia no tenemos prisa, lo importante es conseguirlo... y esta vez sin fallos; tan pronto Renzo encuentre la palomita, tú, Henry, ocuparas el puesto de Marcel, en cuanto a ti, Louis, te irás a Marsella, te encargarás de traer tos polvos.

El aludido asintió con un gesto hecho con la cabeza. No tenía miedo, hacía ya muchos años que andaba metido en el mundo de la delincuencia lo mismo le hacía llevar escondido una buena cantidad de «polvo», como el jefe llamaba a la droga o cargarse a un compañero, tal como había hecho con el desdichado Marcel.

Les fue servido a los cuatro un blanco aperitivo como: costumbre en el país galo y no tardaron en separarse.

Sólo Renzo se quedó rezagado.

—¿Ocurre algo? —Dupres le interrogó bastante secamente. Era así, siempre cambiante de humor, uno no podía saber jamás cuándo le había caído bien o mal.

—¿Es que pensaba? ¿No sería mejor cambiar de compañía de viajes?

—¿Para qué?, si la única que te conocía en tu doble personalidad ya no existe, ¿para qué tener escrúpulos?, si lo hacemos como dices, puedes encontrarte en que en la frontera no sean tan benignos como suelen ser con los cars de esa empresa.

—Creo que tienes razón, jefe, ¡al chófer y la guía jamás les abren el equipaje!

—Esto es lo importante y básico para nosotros, ahora regresa pronto a Milano y ponte en seguida en tu trabajo.

—De acuerdo, jefe, lo haré así, esta misma noche cogeré el tren.

Se saludaron, Renzo con mucho respeto, el jefe por puro formulismo.

Había creado un importante tinglado; tenía gente que trabajaba para él en Turquía en Grecia, en cuanto a su país y el vecino Italia, eran campos abonados para sus sucios negocios.

La coca, la mayor parte procedente del puerto de Estambul, pasaba por los mares de Grecia e iba una parte de ella a ese hermoso país y otra a Marsella; desde allí era conveniente ya trabajada llevada a París, a Niza y otras ciudades importantes de Francia y gracias a su idea genial, cuando supo por medio de sus espías que Renzo llevaba clandestinamente obras de arte, pinturas y

algunas figurillas surgidas de las manos de los antiguos orfebres florentinos o venecianos; fingiéndose interesado en adquirir alguno de aquellos tesoros, logró entablar amistad con Renzo.

Éste, en aquel tiempo, sólo se dedicaba a pasar esas obras por la frontera; eran objetos de gran valor que familias pudientes evadían de su país para vender o poner en lugar seguro.

Dupres era listo, cuando comprendió que Renzo era un ambicioso, que amaba el dinero tanto o más que él, se dio a conocer... a medias, entonces no le dijo que era él quien llevaba los hilos de la organización, pero sí le expuso su plan, su idea que el otro encontró genial y ya no dudó en ponerla en práctica.

¡Era tan fácil! Los dos o tres primeros viajes se ponían telas, por si la chica desconfiaba y cuando ya comprendía que ella había caído en el engaño, entonces ponían telas, si, pero era una maleta de doble fondo dentro del cual iba el preciado estupefaciente.

¡Su idea había sido genial y durante unas cuantas semanas el negocio fue viento en popa y los billetes llegaban a manos llenas!

Al conjuro de sus pensamientos frunció de pronto el ceño. ¡Estúpido y zafio Marcel! Todo lo echó a perder. ¿De dónde le saldría la idea de dar más dinero y precisamente francos, a la incauta transportista?

Lo que Dupres ignoraba era que Marcel no había dado tanto dinero como luego había pedido que le fuese reembolsado. Su codicia le había perdido y había pagado con la vida el salirse de línea, el obrar por cuenta propia.

¡Eso Jean Dupres no lo consentía a nadie!

CAPÍTULO IV

Pasó una semana. Siete días interminables para Mirella, allí encerrada, con un solo aliciente; la presencia casi diaria de Piero. Éste seguía haciendo visitas en la Galería y allí se entrevistaban con el jefe y casi siempre acompañados de Andrea. El y Piero habían congeniado mucho.

Aquella mañana se hallaban los tres esperando a Mario. El joven agente había prorrogado su estancia en la Costa Azul en vista de las pesquisas obtenidas.

—¡Vaya, ahí llega! —exclamó don Ugo al verle frente a la librería.

Mario entró y se dirigió de inmediato al interior, después de los saludos de rigor detalló el resultado de su viaje.

—Tan pronto como llegué me puse en contacto con nuestros colegas franceses, referente a lo de las obras de arte estaban sobre una pista, pero es cierto que salen de nuestra patria y no son precisamente copias. Ya iba a regresar porque mi investigación en el hotel donde la chica se hospedaba no me daba resultado, cuando me llamaron de comisaría. Aquella mañana habían encontrado el cadáver de un hombre que al parecer, había muerto ahogado, pero examinando los archivos vieron que ese hombre tenía antecedentes, sobre todo en asuntos de coca y esas porquerías. Le hicieron la autopsia y llegaron a la conclusión de que lo habían ahogado con un almohadón o algo parecido y que luego habían tirado su cadáver al mar. Yo pedí fotos, el hombre estaba muy desfigurado, como es lógico, pero en la de la ficha, se ve bastante bien, está ampliada — la mostró, el fallecido Marcel aparecía algo más joven, pero en caso de que la joven lo hubiese visto, podría reconocerlo.

—Es un feo asunto, y ya van tres asesinatos, eso evidencia que

nos hallamos ante gentuza, ¡tenemos que buscar la forma de poder atraparles!

—Sabemos que hay tres víctimas —recalcó Piero con visible desaliento—, eso sí, pero en lo otro estamos a cero.

—No tanto —atajó Mario—, pues si esa joven, sin saberlo, pasaba esas obras y entraba la «nieve» en forma tan fácil y ellos están confiados en que su crimen ha quedado impune, ¿por qué no van a intentarlo de nuevo?

—¿Quieres decir, buscar otra guía? —Fue el jefe quien aventuró la suposición.

—¡No es mala idea! —terció Piero—, ellos están confiados, creen que todo les ha salido bien, sí, cuanto más lo pienso, más lo veo posible.

—Y yo también —añadió Andrea—, y no estaría de más que uno de nosotros empezara a darse alguna vuelta por el lugar de salida y llegada de esos pullmans.

—Despacio, despacio —rezongó el jefe—, que no todo es tan factible, de todos modos, tú mismo, Andrea, alguna vez te darás esa vuelta.

Ya no se habló más del asunto, esperaban también la opinión del señor Luciano, el jefe de Roma, al que Piero había enviado un detallado informe de todo lo ocurrido y lo averiguado sobre las obras de arte.

* * *

Piero llegó al hotel, primero subió a su habitación, le hizo gracia el que el conserje, con aire de misterio, le preguntara:

—Oiga, ¿no encuentra raro que la sobrina de su jefe no salga nunca del hotel?, ¿es que está enferma?

—Nada de eso, lo único que pasa es que su tío la ha amenazado con desheredarla si cuando llegue a Milano no la encuentra en el hotel, y como no ha dicho cuándo vendrá...

—Ah, comprendo, ¿teme perder la herencia?

—Exacto —y cogió la llave tan tranquilo después de haberle soltado aquel rollo al curioso.

Poco después bajaba para hablar con ella. En seguida que Mirella abrió le contó aquel detalle de la conserjería, luego ya se puso de lleno a lo importante, el trabajo. Sacó de su cartera la foto

que Mario había traído de Niza.

—¿Le has visto alguna vez? —Pero al punto comprendió que hubiese podido ahorrarse la pregunta, el rostro de Mirella fue toda una revelación—. Si —prosiguió—, ya veo que le conoces, ¿sabes su nombre?

—Claro que sí, me dijo que se llamaba Marcel Dumenil, era el que me asustó en Niza, bueno, quiero decir que él recogía la maleta y traía la otra, la que a veces era más pequeña.

—Bueno, este señor ya no podrá asustarte más, ¡se lo han cargado!

—¿Quieres decir que lo han matado?

—Y bien muerto, primero ahogado en tierra y luego en el mar, las aguas siempre generosas devolvieron su cuerpo hace nos días.

—Dios mío, cada vez me horroriza más el ir descubriendo la clase de personas que traté, ¿cómo pude ser tan estúpida?

—No es estupidez, Mónica —siempre la llamaba con ese nombre —, es más bien ignorancia, el no haber tenido tratos con personas que hubieran podido abrirte los ojos y malearte, casi es mejor que ocurriera así, tal como tú dices, en fin, hablemos de ti, ¿cómo has pasado la mañana?

—Aburrida, he leído ese libro que me dejaste, me he arreglado una falda, bueno —sonrió—, sólo he subido el dobladillo, eso se hace a mano.

—¿Quieres que te baje unos periódicos? —se ofreció, mientras sus ojos seguían todas las reacciones de aquella mujer, que sin ella saberlo ni quizá proponérselo le estaba calando en forma muy honda. Al ver que ella asentía, añadió—: espera, voy a por ellos.

Se fue a buscarlos y en un abrir y cerrar de ojos ya se hallaba de nuevo junto a ella.

—Hay algunos ya atrasados —explicó—, pero quizá no debí cogerlos.

—¿Por qué? —Le miró algo sorprendida.

—Vienen las fotos y la reseña del entierro de tu compañero. ¡Es en verdad una pena, esa mujer tan joven y esos dos chiquillos!

Mientras él se lamentaba Mirella ya estaba buscando ansiosamente para encontrar el que Piero se refería. Lo halló, estuvo como encogida leyendo la descripción del emotivo acto, que allí, como ya estaba convenido, lo atribuían a un desgraciado accidente,

de pronto lanzó una exclamación que hizo que Piero la interrogara:

—¿Qué te ocurre?, ¿qué has visto?

—Aquí, ¡aquí! —señalaba con el dedo el rostro de un hombre que se veía entre el grupo de asistentes al sepelio—. ¡Es él, es él!

Parecía histérica, Piero le arrancó el periódico de las manos y la cogió de ambos brazos.

—¡Cálmate!, tranquila, anda.

Ella seguía repitiendo:

—¡Es él, es él!

—Mónica, serénate, ¿a quién te refieres?

—¿No lo comprendes?, ahí, en esa foto está él, el señor Renzo, el que me hizo la proposición, el viajante.

Piero la miró fijamente, seguía agarrándola por encima de los codos.

—¿Estás segura? —dudó sin dejar de observarla—. ¿No te confundes?

—Claro que no, creo que entre un grupo de mil personas le reconocería, pero yo me pregunto: ¿qué hacía allí?, ¿no decían que se hallaba en Alemania?

—No seas más ingenua, ese hombre se fue a Alemania igual que yo, ¿no lo comprendes?, está ahí porque tiene algo que ver con el hecho y su presencia indica que está plenamente convencido de que tú estás muerta.

—Tienes razón, de no ser así, no creo que fuese tan incauto como para dejarse retratar.

—Lo que acabas de descubrir es muy importante y corrobora lo expuesto por Mario, ¡sí, hemos de actuar!, esa gente se moverá sin miedo, se creen impunes, están eufóricos, ¡todo les ha salido bien, insistirán!, tengo que dejarte, Mónica, de nuevo tengo que ir a hablar con el señor Ugo —cogió el periódico donde estaba la foto y le rogó que se lo indicara, ella no dudó y Piero marcó con un círculo aquel rostro que tanta importancia tenía para su trabajo. Guardó el bolígrafo y se puso el periódico debajo del brazo.

—Pareces muy contento, ¿tan fundamental es la presencia de Renzo en ese acto?

—No lo puedes ni imaginar, ¡eso nos facilitará enormemente nuestro trabajo!, sí, Mónica, estoy contento, tanto que te daría un beso.

Ella sonrió, le miró abiertamente, había en su cara una expresión casi coqueta, algo que Piero no había visto antes en ella.

—¿Y por qué no lo haces? —invitó con chispas de travesura en sus claros ojos.

No tuvo que repetirlo, al instante se sintió como levantada en vilo, los férreos brazos masculinos rodearon su cuerpo con ansiedad, con avaricia, después la boca hambrienta del hombre se abatió entre sus entreabiertos labios.

Cuando se separaron estuvieron un largo rato mirándose fijamente, en silencio. Acababan de descubrir que entre ellos había nacido algo intenso, no sólo una atracción carnal, sino un sentimiento que había aflorado al instante del beso.

—Me voy. —Piero la soltó—, quédate tranquila, si ves que tardo pide que te suban lo que te apetezca.

Apenas tres cuartos de hora después volvían los cuatro hombres a estar reunidos. Piero había ido rápido al asunto. El hallazgo de la foto les ponía sobre una pista casi infalible.

Cada uno expuso su punto de vista en cómo iniciar el ataque. Piero estaba convencido que lo que Mario había insinuado en la anterior entrevista era lo más seguro.

—Pero ¿dónde encontrarán a una muchacha tan crédula como ésa? —se preguntó como si se respondiera a sí mismo.

Don Ugo les pidió silencio. Y les expuso su teoría, lo que creía más conveniente.

—Sé que sería para ella muy arriesgado, pero es la única que puede hacerlo.

Precisamente esta noche he de verme con el jefe de la agencia, ¡a ese señor se le debe una explicación!, creo que será oportuno que también le ponga en conocimiento algo de lo que vamos a hacer.

—Pero —irrumpió Mario— falta saber si esa joven accederá, ¡no dejará de estar en una situación peligrosa!

—Todos nos hacemos cargo y procuraremos estar lo más posible junto a ella para protegerla, pero tiene usted razón, ¡antes es preciso saber si ella aceptará correr el riesgo!

—De eso me encargaré yo, estoy seguro que la convenceré —aseguró Piero—, ella desea igual que nosotros un castigo para esa gente malvada, el recuerdo de esos dos compañeros muertos la estimulará.

—Entonces, no perdamos tiempo, de ella se encarga usted, tú, Andrea vigilarás lo del auto, en cuanto a usted —se refería a Mario —, podrá volver a Niza y seguir en sus averiguaciones.

Piero fue el primero que inició la marcha. Tenía una delicada misión que cumplir, había dicho que convencería a Mirella, ahora, mientras iba camino del encuentro, no lo veía tan fácil. ¿Y si ella se negaba?

Cuando se encontró delante de la joven, no sabía por dónde empezar a proponerle el descabellado, pero seguramente eficaz, proyecto que entre todos habían formulado.

—¿Qué te pasa, Piero?, te encuentro raro, ¿ocurre algo? —Seguía mirándole intrigada ante aquella actitud tan poco habitual en él.

—Siéntate, tengo que hablar contigo muy seriamente.

—Dios mío, ¡me asustas!, ¿es que le ha pasado algo a mi hermano?

—No ha pasado nada a nadie, tranquilízate, lo que quiero exponerte es un plan que entre el jefe de la policía y otros, incluido yo, hemos creído que sería perfecto para poder coger a los asesinos de Gianfranco y Loretta —recordó a los desaparecidos ya con intención, para predisponerla a que no viera la idea como tan descabellada—. Sería lo ideal que fueras tú la que volviera a hacer la ruta, es decir, volver a tu anterior trabajo.

—Pero ¿qué ocurrirá?, si ellos me creen muerta... ¿cómo puedo presentarme de nuevo?

—Han de seguir creyendo que has muerto, ¡esto es fundamental!, pero tú puedes presentarte con otra personalidad.

Ella suspiró desalentada, lo creía una locura.

—Renzo me reconocerá en seguida —musitó convencida.

—Escucha, no se trata de que te presentes tal como estás, ¡es mucho lo que esperamos de ti!, tendrías que teñir tu cabello, ponerte lentillas de otro color, para que tus ojos no fueran azules, si no fumas, debes aprender a hacerlo, ¿no lo comprendes?, ¡tienes que ser otra persona!, por ejemplo, Mónica y para que no pueda haber el más leve descuido, para que ese Renzo no sospeche, podrás ser prima de Mirella, la pobrecita víctima del desdichado accidente, ¿lo vas comprendiendo?, vestirás un poco distinta, ¡no sé, algo más atrevida!, en fin, tú tienes la respuesta.

—Escucha, Piero, antes de responder, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Todas las que quieras.

—Yo..., ¿te importo algo? —Buscó su mirada y la retuvo, era como un desafío, ella le daba a entender que él si le importaba.

Piero aguantó aquella analítica mirada, pero no hubo dudas en su interior, Mirella era la mujer que siempre había soñado encontrar.

—Me importas y mucho, creo que antes ya te lo he dado a entender.

—Pero yo tengo que sentirme segura, si tú sientes algo por mí y siendo así, me aconsejas que acepte este juego, ¡lo aceptaré!

—Cuidado, ¡no es un juego!, tu vida estará en peligro, son gente poderosa, tienen mucho que perder, por eso se lo jugarán todo si es que descubren que les estamos cercando.

—Estoy hecha un lío, ¿qué hago?

—No puedo forzarte, pero sí decirte que debes intentarlo, yo procuraré estar todo lo que más pueda cerca de ti, no sé cómo ni en qué forma, pero te protegeré, ¡ya tengo una manera!, podría ir de chófer, sé conducir bien, tengo carnet de primera especial, estuve en automovilismo cuando hice el Servicio Militar, al acabar éste ingresé en la escuela para ser agente secreto, sí —parecía entusiasmado—, así podré vigilar las andanzas de ese tal Renzo y al mismo tiempo protegerte a ti.

Aquella sugerencia pareció reanimarla.

—Está bien, acepto, pero por favor, ¡no me dejes sola... ahora tendría miedo porque sé la verdad!

Piero la abarcó entre sus brazos, como si ya la protegiera, hizo más fuerte la presión y de nuevo la besó, notó cómo ella perdía su rigidez, cómo correspondía a la caricia al tiempo que elevaba los brazos para rodearle el cuello. No fue uno, fueron miles los besos, Piero estuvo tentado de cogerla y llevarla al lecho, pero se contuvo, eso ya llegaría, pensó in mente para darse ánimos y tener el coraje de dejarla.

* * *

Fueron unos días agitados. Mirella, se marchó del hotel... sin ver a su tío que no daba señales de vida en Milano. Se fue a casa de su

tía, ésta la acogió con alegría y Mirella, siguiendo los atinados consejos de su amado, le dijo que además de trabajar de guía hacía de modelo en fotos publicitarias, por eso se había teñido y vestía tan desenfadada.

Piero, por su parte, ya formaba en la plantilla de los autocares. Sólo el dueño de la empresa conocía su verdadera identidad y el motivo de su incorporación a aquel servido.

Hizo un par de viajes como mirón, Anna, la chica que iba de azafata le daba toda clase de detalles. Dino, que era el quien conducía en esas dos ocasiones, no paraba de piropear a la parlanchina muchacha. Piero vio que en la frontera todo seguía tal como Mirella había explicado.

El siguiente viaje ya lo hizo frente al volante y llevando a su lado a la «morena y moderna» Mónica.

Lo que más le había costado a la joven para adoptar su nueva personalidad era fumar, ¡no le gustaba!, pero aunque no le piada, ella tenía que fingir que fumaba, era un detalle para despistar a Renzo... en caso de que éste hiciera su aparición, cosa que ellos esperaban y deseaban desesperadamente.

Y se presentó: En la primera parada pasada ya la frontera, se acercó a Mirella y muy amablemente le dijo que la invitaba. Ella revivió aquella escena, le había dado las gradas alegando que en los Pavesis, tanto ella como el conductor tenían consumisión gratis, esta vez aceptó, Piero estaba de pie ante el mostrador, aparentemente bebiendo despreocupado, pero lo cierto era que desde el espejo que había detrás de la barra, no perdía detalle.

—¿Hace mucho que trabaja en la empresa? —te preguntó el hombre con aparente indiferencia.

—Muy poco, ¡éste es mi primer viaje!, he venido de Bérgamo, allí también trabajaba en una agencia; en fin, gracias por su invitación, señor.

—De nada, signorina...

—Mónica —puntualizó al ver que él dejaba la palabra en suspenso.

—Bonito nombre, ¡no sé por qué, pero usted, no sé si por la voz o la forma de andar, me recuerda a otra persona!

—¿Hace mucho tiempo que viaja usted por esta línea?, lo pregunto porque si es así, quizá el que le recuerde a alguien tiene su

fundamento, yo soy prima hermana de otra guía, que también hacía este recorrido, precisamente estoy en Milano, ocupando su puesto.

—¿Es que está enferma?

Mirella puso cara compungida, hasta se encogió para dar más sensación de pena.

—¡Está muerta!, murió en un accidente, ¿es que no se enteró usted del autocar de esta agencia que se incendió? —Fingía asombro, Piero seguía observándola y ninguno de sus movimientos se le escapaba.

—Sí, tiene razón, ahora lo recuerdo, lo Id, fue una verdadera pena.

«¡Miserable!», pensaba Mirella mientras le escuchaba todavía con el gesto abatido.

Pasó el tiempo concedido y ella volvió a subir al coche. Piero ya se hallaba sentado, como era lógico ni le preguntó nada ni siquiera demostró curiosidad, sabía que aquel hombre, Renzo, se debatía en muchas dudas, no porque sospechara de la joven, sino que era por saber si podría abordarla o no.

Ella atendiendo las indicaciones de Piero, tenía que obrar en forma distinta a su verdadera manera de ser. ¡Nada de llegar a Niza y meterse en el hotel!, tenía que arreglarse, salir, ¡y qué mejor compañía que la del chófer compañero!

Y así iban, paseando por la preciosa avenida marítima, llamada la Promenade des Anglais que de noche ofrecía una fantástica visión de luces y colores. Iban separados; Mirella ya había puesto al corriente a su compañero de todo lo hablado con Renzo.

—Parece que la cosa marcha bien —comentó el joven—, por eso tenemos que ir con pies de plomo, ¡tampoco es conveniente que crea que tienes mucha confianza conmigo!, cuando se te presente la ocasión, se lo das a entender, ¡hoy has salido porque era la primera vez que estabas en Niza y te ha hecho ilusión salir a dar un paseo!, eso no quiere decir que tengas que recluirtte, al contrario, si él te invita, acepta, ¡ya sabes que yo vigilaré!

Ella atendió todas sus advertencias, cuando ya iban de regreso, sin mirarle, susurró:

—Cuando todo esto haya pasado, ¡volveré cogida del brazo contigo a pasear de noche por aquí!, y entonces te pediré que me beses.

—¡Mónica, por Dios, no me tientes!, ¿es que no te das cuenta del esfuerzo que hago para no comerte a besos en plena calle?, pero no podemos, ese hombre puede ir oculto en cualquier coche de esos que están pasando junto a nosotros.

Y no se equivocaba, si hubiese prestado atención, habría visto como un elegante Citroën, último modelo, iba muy despacio un poco alejado, pero siempre detrás de ellos.

Piero había estado acertado porque aquel detalle llenó de confianza al rondador. Tanto fue así, que al segundo viaje, también de ida a Niza, al hacer la parada ya en terreno francés, Renzo se acercó también para invitarla. Como sorprendió que el chofer les observaba, sonrió levemente y le dijo:

—Veo que el conductor nos está mirando, ¿es que es su prometido?

—Por Dios, ¡no!, él tiene su novia, en Milano, si miraba es porque le he dicho que al llegar aquí, al parador, le compraría un paquete de tabaco francés, ¡lo ganó en una apuesta!, yo dije que llegaríamos a las siete y él dijo más pronto y como llegó, le debo el paquete.

—Y usted, ¿también gusta del tabaco francés?

—Bueno, yo si puedo, lo prefiero americano, pero si no tengo, me conformo con el que haya.

Muy galante, Renzo, sacó su paquete que casualmente era una conocida marca USA y se lo ofreció.

—Oh, gracias, es usted muy amable, ¡precisamente ahora no tenía ni uno!

Y se vio precisada a encender un pitillo, pero como se puso a hablar del buen tiempo que hacía y otras cosas banales, poco fumó.

Al atardecer, al momento de la llegada, Renzo se acercó muy discretamente a la joven.

—¿Me acepta un paseo para esta noche? Ahora tengo que ir a telefonar, siempre tengo mucho trabajo, ¿qué le parece dentro de una hora?

—Mejor hora y media, tengo que cenar y antes deseo ducharme, de todos modos, ¡ya lo veo, he aceptado... cosa rara, porque me prometí no conceder confianza a ningún pasajero!

—Entonces, ¿quiere decir que yo sí se la merezco?

—Ha sido una cosa sin darme cuenta —le sonrió y ya inició la

marcha.

Renzo la imitó, cuando el hombre se hubo alejado, Piero se acercó a la joven, muy diplomático le preguntó si había novedad.

—¿Me invitas a un café?, estoy algo amodorrada, necesito despejarme.

—Bueno, ¿qué cuentas de nuevo? —Piero hablaba en voz baja, ya se hallaban sentados en el interior del coquetón bar—. Parecía satisfecho, ¿es que la cosa progresa? —Sí— y le detalló toda la conversación, —bueno, no dices nada, ¿no era esto lo que tenía que hacer?, tú lo dijiste, aceptar si me invitaba.

—Lo sé, y es estupendo, ya verás como no tardará en hacerte la confidencia.

—Hoy le daré un motivo, le haré creer que siento ilusión por poseer un pequeño Fiat... «para poder ir más cómodamente a Bérgamo, a ver a la familia» —hablaba un poco resentida, ¡no le gustaba aquel trabajo!, pero cuando se acordaba de los pequeños de Gianfranco sin padre, su sangre se encendía y desechaba sus escrúpulos.

—No te pases —rogó Piero todavía serio. Le dolía verla expuesta a aquel peligroso juego. En realidad no sabía si eran celos o algo parecido, aunque se repetía que ella no obraba por placer, sino por secundar a sus pesquisas.

Renzo fue puntual, llegó con el elegante coche que en otra ocasión le había servido para espiarla. Ella disimuló su contrariedad. No le gustaba meterse en un coche con aquel hombre que secretamente odiaba.

Siguió puesta en su papel, y de pronto recordó lo que tenía proyectado, ¡el que Renzo hubiese venido en coche, le daba la ocasión!

—Es un coche muy elegante, estupendo, parece como si se deslizara.

—¿Le gusta?, está a su disposición.

—Gracias, pero este modelo no es para mí. ¿Sabe una cosa?, yo sueño con tener un coche, pero uno de esos Fiat pequeños, y no lo quiero para presumir.

—¿Para qué lo necesita entonces?

—Para poder ir más a menudo a ver a mis padres, Bérgamo no está lejos, pero tener que sujetarte al horario de un tren o de un

coche de línea no resulta fácil, por eso hace ya tiempo que hago ahorrillos, como no me corre prisa, yo sé que un día u otro me lo compraré.

El anzuelo ya estaba lanzado, ahora sólo faltaba esperar a ver si el pez picaba. Por el momento no dio señales de haber sido atrapado, la llevó a tomar un refresco al elegante bar del famoso hotel Negresco, muy animadamente le contó que allí se había filmado una película con Grace Kelly, la que luego se convirtió en princesa de Mónaco y que hacía pocos meses había fallecido de accidente de coche en una peligrosa carretera de su pequeño Estado.

La acompañó hasta el hotel. Era un poco tarde, Piero que se hallaba en el *hall* camuflado detrás de unas preciosas plantas vio como ella subía y cuando se percató que el coche se alejaba subió de dos en dos la escalera y todavía la alcanzó al momento que ponía la llave en la puerta.

—¿Puedo pasar? —le preguntó decidido.

—Sí, claro —día abrió, se quitó la bonita chaqueta negra y plateada que llevaba y la dejó caer sobre un butacón.

—Te imagino impaciente por saber cómo ha sido todo —le miraba risueña porque le parecía adivinar que él estaba inquieto, receloso—. Pues no ha pasado nada, bueno, quiero decir algo de lo que pueda alarmarme —le contó dónde la había llevado, lo que habían hablado—, como ves, ahora ya tiene un motivo para darme ese trabajo, ¡lo único que siento es que he tenido que fumar dos cigarrillos enteros!

—Ven aquí —estiró los brazos—. ¿Sabes que estás resultando una artista estupenda?, pero no te confíes, recuerda que no es un juego lo que estás haciendo, de todos modos, lo llevas muy bien.

—Entonces, ¿estás contento?

—Mucho, te aseguro que estoy asombrado y muy satisfecho.

—Pues no lo demuestras —de nuevo había intención y como algo de coquetería en su tono.

Piero, que la tenía abrazada se dio por enterado.

—Espera —rogó ella antes de que él la besara—, déjame que me quite las lentillas, ¡no sabes bien la de veces que casi no las soporto!

Reapareció, descalza, con sus bellos ojos libres de aquella prisión que se veían obligados a llevar.

—Me gustas así, y con tu pelo —te susurró Piero mientras la atraía hacia sí—, después, cuando todo acabe, lo volverás a tu color natural.

—No hables tanto y bésame, ¡lo necesito para poder ser fuerte!, sólo el recuerdo de que tú me quieres me da coraje y valor para seguir adelante: dime Piero, ¿me quieres?

—No tendría que responder, sino demostrártelo, pero nunca he tratado a una chica como tú, siempre temo precipitarme.

—Soy una mujer como las demás, cierto que no he tenido ninguna experiencia amorosa, que siempre había soñado con una boda con flores y música, pero los tiempos van cambiando.

—No, Mirella —ahora sí que la llamó por su nombre—, para dos personas que se compenetran y se aman los tiempos son iguales, ¡tú tendrás tu altar lleno de flores, porque aunque ahora seas mía, yo me caso contigo ya en este momento!

Ella no supo ni pudo responder, se abrazó a él y ya no protestó cuando Piero fue librándola de su vestido y ropa interior.

—Estoy loco por ti, Mirella pero además de desearte siento que te quiero, por eso este momento es muy grande para ti, porque sé que seré tuyo como nunca me he dado a otra mujer.

—¿Ni a esa chica de Roma, Claretta? —le recordó ella, pero sin resquemor.

—Ya te dije que ella no me importaba, además hace una semana, dejé un sobre en la frontera, para que ella no localice dónde estoy, en esa carta me despido, soy sincero, le digo que he encontrado a la mujer de mi vida y que me he enamorado; sé que el principio lo sentirá, quizá sólo un poquito, pero pronto se irá a la discoteca y encontrará otro a quien querer, Claretta es buena, pero es una muchacha fácil, bueno, ¿satisfecha?

—Del todo, y para que veas que no miento, aquí me tienes, puedes besarme hasta que te canses.

—¡Sólo besarte! —En su voz había tanta ternura que Mirella no respondió, se apretó a su cuerpo con amoroso abandono.

* * *

Renzo estaba de pie esperando la llegada de Dupres. Se hallaba en la elegante mansión del jefe, a quien iba a exponer todo el resultado del trabajo que había efectuado en las últimas semanas.

Envuelto en una llamativa bata de seda de color marrón, Jean apareció delante de su subordinado.

—Siéntate —invitó, aunque más bien era una orden que una invitación—, a ver, ¿qué te cuentas?, ¿es cierto lo que me dijiste por teléfono?

—Sí, esta chica es tan adecuada o más que la otra.

—¿Y en qué te fundas? —Dupres siempre exigía una explicación.

Por eso Renzo le dio toda clase de detalles de lo que había ido comprobando. También era buena chica, no tenía líos con los chóferes, era algo ambiciosilla, ¡sueña con tener un coche!, era más moderna, fumaba, pero no parecía ligera de cascos ni conceder intimidad a sus compañeros.

—En fin, que tampoco se acuesta con ellos —le cortó Jean bruscamente—. Vete con cuidado, veo que le encuentras muchas virtudes —era una velada amenaza, Renzo debía dejar las pasiones de lado, sobre todo cuando se trataba de trabajo y éste era muy serio—, bien —concedió después de aquella pausa—, puedes poner en marcha la cosa, los enlaces están desesperados, les falta género, así que procura arreglarlo pronto, en cuanto a esos cuadros, creo que es mejor que por ahora esperen, ya sabes que tengo infiltraciones por muchas altas esferas y creo que precisamente en Roma, han sabido algo de eso, así que por ahora, calma, pon sedas en la maleta, así esa chica si algún día tiene una mala tentación, que pueda ver que no la engañas, lo esencial es la otra, ¡ésta sí es importante que llegue siempre a su destino! —Se levantó, era el fin de la entrevista.

Renzo también dejó el asiento y después de saludarle muy respetuoso se alejó.

Pondría manos a la obra, estaba seguro que Mónica se prestaría a aquel pequeño compromiso, ¡claro que sólo por poco tiempo, y para hacerle a él aquel favor!

Mirella le escuchó sin dar ninguna muestra de repulsión o de asombro.

—Bueno —dijo resuelta—, si es por eso, para que usted no pierda el empleo, si es para hacerle un favor y por poco tiempo, acepto.

—Entonces, ¿es una cosa que quedará entre nosotros?

—Desde luego, ¡no quiero decirlo a nadie, en la agencia podrían

enterarse y quizás no les gustaría!

—Me parece bien su decisión de no confiarse, como es por pocos viajes, no vale la pena que se exponga y así, haciéndome ese favor a mí, usted podrá comprarse el coche algo más pronto de lo que esperaba.

Aquella noche, entre beso y beso enteró a su amado de la gran victoria.

Su juego había dado resultado, a partir del siguiente viaje ella ya llevaría el intercambio de maletas.

Aquella vez había empezado ya todo de golpe, recordó Mirella, pues en la anterior la maleta del regreso había venido bastante después.

—A ellos lo que les importa es pasar ésa, la del regreso, con las semanas que se ha interrumpido el envío deben estar ansiosos para entregar la droga a los revendedores.

—¿Es cierto que ganan tanto dinero? —preguntó Mirella dudosa.

—Desdichadamente sí, este comercio ha caído en manos de gente sin escrúpulo que lo mismo les da que con ello destruyan y maten a la juventud, lo esencial es lo otro, el dinero, pero tú no te preocupes, ¡poco veneno de ése pasarás, sólo el suficiente para darnos ocasión a destruirlos!

Cuando llegaron a Milano, Piero puso en antecedentes de la novedad al jefe y también a Mano. En ningún momento olvidaba que la misión se la había encomendado a ellos, claro que al hallarse mezclado lo de la droga, justo era que contaran con la colaboración de sus colegas milaneses.

Mario que en Niza había localizado a un millonario americano que compraba obras de arte, tenía que dejar la investigación para cuidarse de controlar quién llevaba la maleta hasta el autocar en Milano, quien la recogía en Niza, aunque finalmente fue Andrés quien se quedó para hacer aquellas pesquisas en Milano, él lo haría en tierra francesa y al mismo tiempo podría seguir con sus investigaciones cerca de aquel Creso de allende el océano.

Todo el engranaje se puso en marcha. Un agente especial en la frontera, precisamente para evitar que el equipaje del chófer y la guía pudiera ser abierto por equivocación, podría haber algún carabinero novato; todos los cabos teman que estar bien sujetos y atados a un solo fin: la captura de aquella importante banda de

malhechores.

CAPÍTULO V

Parecía que Renzo había desaparecido de escena, para Mónica tenía que hallarse en Alemania, pero lo cierto era que el hombre se había vuelto ambicioso. Dupres había prohibido el paso de las pinturas y objetos de arte. ¿Por qué no pasarlo para beneficio propio? La chica era formidable, sólo pensaba en conseguir su coche, ¿por qué pues quedarse con los brazos cruzados?

Sabía que era peligroso, las redes de Jean Dupres eran como los tentáculos de un gigantesco pulpo, pero también él era listo, además con dinero, ya sabía a los que podía comprar y de quién mantenerse en reserva.

La primera vez que puso algo suyo, cogió su coche y llegó a Niza con tiempo suficiente para esperar la llegada del car. Tan pronto la azafata dejó el maletín en conserjería, él se acercó a buscarlo, como ya le conocían, ¡como viajante!, se lo entregaron, fue a su coche, quitó una preciosa figurilla de un dios mítico, obra de la escuela de Benvenuto Cellini y volvió a cerrarla y devolverla.

—Vendrán a por ella —dijo al conserje después de darle una muy buena propina—. ¡Es que me hacía falta algo que iba ahí dentro!

—De acuerdo, señor, ya sabe que aquí estamos para servirle.

Se alejó de prisa, aunque iba con gafas oscuras y sombrero, prenda que no acostumbraba a llevar, debía evitar el que la chica pudiera verle, aunque antes de entrar se había asegurado, ella acababa de entrar en el ascensor, en cuanto al conductor aún tardaría porque se había ido a la terminal a dejar el autocar.

Renzo tenía algo más que la ambición, ¡le gustaba aquella mujer!, y como adivinaba que en el fondo ella también poseía algo de aquel defecto, podría quizá más adelante, intentar atraerla y

claro, para deslumbrarla tenía que disponer de mucho dinero.

Aquella misma noche se entrevistaba con el representante del millonario.

—Míster Wyller va a marcharse pronto —le hizo saber aquél—, así que si de verdad tiene esa pieza, puede traerla.

—La tengo, pero si he venido es porque quiero de usted una gran discreción, ¡el jefe la tenía prometida a otra persona!

—Comprendo, por nuestra parte no habrá comentarios, así que tan pronto la traiga, le pagaré esos dólares y quedaremos en paz.

—La tengo en el coche, ahora se la subiré, sólo quería asegurarme de que ustedes van a guardar mi discreción.

—Tiene mi palabra —dijo el mandado, mientras el otro ya salía.

Renzo no tardó en regresar cargado con aquella preciosa figurilla de bronce puro.

Le pagó el hombre tal como había indicado, en dólares y al acto.

Salió de allí ufano, contento. ¡La cosa iba bien!, en Milano también le habían asegurado mucha reserva, así que era difícil que Dupres se enterara de aquella pequeña infracción.

Pero tres días después de efectuada aquella venta, Jean Dupres ya estaba enterado. Míster Wyller se había ido a su país y por cierto muy contento, no sólo por los cuadros de valor inmenso, sino por los otros objetos y entre éstos había uno que Dupres no había negociado.

Hizo llegar un serio aviso a Milano y el que había colaborado, por miedo, por salvar su pellejo, cantó de llano.

—Está bien, esta vez no lo tendré en cuenta —dijo el jefe—, pero que no diga nada a Renzo, a éste ya lo veré.

Lo que ellos ignoraban, lo que no podía Dupres sospechar, al menos en aquellos momentos, era que todo el ir y venir de Renzo había sido controlado y que al americano, al momento de partir, le habían sido confiscados tanto los cuadros como dos jarrones y aquella figurilla tan valiosa, por no tener los convenientes recibos acreditativos de haber sido una venta legal.

Como es lógico, de no haber habido el control de Mario, aquellas obras habrían salido de Europa camino de América.

El millonario puso el grito en el cielo, se le dijo que también él tendría que ser castigado por adquirir objetos no legales, pero como había pagado mucho por ellos, se le prometió que en cuanto

cogieran a los que traficaban en clandestinidad, entonces le sería devuelto lo que se lograra, aunque no se aseguraba nada, referente en cantidad.

Dupres estaba escamado, por eso había mandado hacer un gran despliegue en tomo a Renzo y la chica, para hacer averiguaciones por su cuenta, ¡era mucho lo que estaba en juego!

Piero y Mirella seguían viviendo su idilio, con gran fuerza de voluntad para ambos, pues durante el viaje y las estancias apenas hablaban, y mucho menos se permitían ninguna debilidad, nada que evidenciara que entre ellos existía aquella pasión amorosa, aquel cariño que en terminando el peligroso trabajo les llevaría a santificarlo ante un altar.

Pero a la noche, cuando ya nadie podía verles ni espiarles, daban rienda suelta a su amor y pasaban horas de inmensa felicidad, hablando, amando, y haciendo proyectos para el futuro.

—Dejarás ese empleo y te vendrás a Roma, a vivir en la que será nuestra casa —él hablaba seguro de que ella le seguiría donde fuese.

—Claro que sí, amor, lo único que sentiré es dejar a mi hermano sólo en Milano, ¡es tan joven todavía!

—No te preocupes, allí le encontraremos trabajo, también hay muchas agencias de viaje en Roma —le recordó algo burlón.

Ella hizo un mohín de enfado.

—Ven aquí, rabiosilla, voy a comerte, soy el lobo feroz —y riendo como un chaval, empezó a besarla; al contacto de los besos el bullicio y las risas se apagaron, ¡eran dos cuerpos jóvenes que se atraían!, no podían evitarlo, siempre terminaban fundidos el uno en el otro.

Se hallaban en la habitación de Piero, como estaban en el mismo rellano, en Niza, algunas veces era el lecho de él, otras el de ella, no tenían predilección, se amaban tanto en una cama como en la otra. Luego, ya en la mañana tanto él como ella salían para ir a sus respectivas habitaciones.

Aquella noche además de su cariño habían hablado del trabajo. ¡Iban a caer sobre los fuera de la ley!

—Al primer paso que demos, la cosa se moverá, debes estar con los ojos muy abiertos, recuérdalo, cariño, ¡no es un juego!, sé positivamente que vas a estar en peligro, pero no temas, ya te dije

que procuraré estar al tanto para protegerte.

Por eso aquella mañana, al momento de poner la maleta junto a su equipaje Mirella sintió como si una corriente recorriera todo su cuerpo. ¡Estaba asustada!, menos mal que Renzo no viajaba porque es bien seguro que de hacerlo habría adivinado su temor.

Y mientras ellos iban ya camino de Italia, en el suntuoso chalet de Jean Dupres, había una actividad fuera de lo común.

El hombre aparecía visiblemente preocupado.

—¿Estás seguro que Gianni te ha dicho esto? —hablaba de pie, miraba al que tenía delante con la esperanza de que éste dijera que se había equivocado. Pero no, ¡era cierto!, habían descubierto que el nuevo chófer era un chivato de la poli, lo sabían de buena tinta, uno de los chóferes, el que creía que iba a ocupar el puesto de Gianfranco le había oído hablar con uno que él sabía era de la secreta.

—Está bien, quizá todavía no sepa nada, me refiero a lo de la chica, de todos modos, dile a Gianni que este próximo viaje suba él también como pasajero, como esa joven no le conoce, que vigile sus pasos, y si ve que con el chivato ese no hay relación sospechosa, entonces que a él, le tengan preparado un buen recibimiento, ¿comprendido?

El hombre, que era un canijo, y más que feo, sacó su cigarrillo para contestar.

—De acuerdo, jefe, ahora mismo iré a dar el recado para que Gianni se venga a Niza pasado mañana y en cuanto él me dé aviso, yo le llamaré a usted, para saber lo que hemos de hacer.

—Pero ¿es que no te lo he dado a entender, imbécil? —farfulló casi fuera de sí. Hacia días que estaba nervioso, todavía tenía pendiente lo de Renzo, ahora eso otro.

—Bueno jefe, yo lo decía por si Gianni al llegar nos comunicaba que entre ese polizón y la guía hay algo más que relación de trabajo, ¿qué hacemos entonces?

—Tienes razón, primero llama de todos modos, el recibimiento tiene que estar a punto para ser colocado, pero nada de autocar, ¡eh!, no quiero líos, la policía francesa no es tan crédula como la vuestra.

El canijo, que era nacido en Nápoles, hizo un mohín apenas perceptible. ¡Vaya con el jefe!, estaba de un humor de mil diablos,

hasta se metía con la policía italiana... mira que decir que la francesa era mejor, ¡bah!

La orden fue cursada de inmediato para que el enlace milanés pudiera adquirir su boleto para hacer el viaje de inspección cerca de la pareja.

No vio nada, porque tanto Piero como Mirella, fieles cumplidores de su deber, escondían sus deseos de comunicarse y guardaban una respetuosa distancia, aunque no muy rígida, al fin de cuentas eran compañeros de trabajo.

—Estupendo —rezongó Jean cuando le fue comunicado el resultado—, para esta noche, lo ordenado.

Mirella y Piero se hallaban sentados en el interior del bar del hotel. Como no sólo era eso, bar, sino también una especie de Self Service, algunas noches habían tomado la costumbre de cenar allí. Pero siempre guardando las apariencias.

—Está bien este plato, ¿no te parece?

—Sí, es muy apetitoso, como hay tantas cosas para picar, pasa más bien.

—¿Sabes que estás preciosa? —le dijo mientras mordía la mitad de un huevo duro.

—Y tú muy guapo —cortaba un poco de carne, cualquiera que sin oírlos les observara, no podrían ni imaginar lo que estaban hablando—. ¿No te lo había dicho nunca que me gustas a rabiarse?

—Sigue, sigue, ¡ya verás cuando te coja luego! —Sólo los ojos expresaban el deseo, la ilusión en la amenaza.

Gianni Acosta se hallaba en el mismo bar, no podía oírles, estaba de pie en el mostrador, Piero le daba la espalda. Antes de que la mujer pudiera verle y convencido de que aún tardarían en terminar la cena, se metió en el hotel.

—Quisiera saludar a un amigo —recalcó su acento italiano—, creo que tiene la habitación trescientos siete, es el chófer que viene de Milano.

—Ah, el señor Piero, no, su número no es el trescientos siete, señor, él tiene el doscientos veinte, pero mire, ha salido, su llave está aquí, aunque seguramente se halla en el bar, él y la señorita Mónica suelen cenar algunas veces aquí.

—Gracias, ahora mismo iré a ver si le encuentro.

Pero como es natural no se fue a buscarle, ¡ya sabía dónde se

hallaba!, lo que hizo fue apostarse discretamente hasta que vio cómo el encargado del mostrador entraba en lo que debía ser la parte de oficina del hotel.

Aquel memento lo aprovechó con rapidez y una vez pasada la conserjería, subió los dos peldaños que le separaban del ascensor con toda normalidad para no llamar la atención y que nadie se fijara en él.

Gianni era un experto en explosivos. El era quien había colocado aquel pequeño pero terrible artefacto que había hecho explotar el motor del autocar milanés.

Ahora tenía otro trabajo delicado, no tan exagerado en sus consecuencias pero sí lo suficiente para que aquel maldito chivato saliera de escena.

Con cautela abandonó el ascensor y cuando se cercioró de que nadie había por el pasillo, (era la hora que quien más quien menos, se hallaban cenando), entonces se detuvo ante la puerta señalada con el número 220, sacó su llave maestra y la abrió. Se metió rápidamente y cerró tras sí.

Antes de meterse al «trabajo», dio una ojeada a la habitación, buscando el lugar para esconderse, en caso de que el peligro se presentara con la presencia del huésped, aunque estaba seguro que no habría lugar a tal circunstancia.

Sacó una pequeña bolsa de plástico negra y en seguida se puso a manipular cerca de la cama, precisamente en la lamparilla de noche y su consiguiente interruptor. El hecho de que la pantallita era de doble raso de color amarillento, facilitó su cometido, detrás de aquella tela fuerte el explosivo quedaba perfectamente adherido y camuflado.

Tal como había entrado salió. Cerró y en vez de coger el ascensor fue descendiendo por la escalera, no fuera que al salir del mismo se encontrara de cara con uno de ellos, ambos le reconocerían, habían viajado varias horas juntos.

Tuvo suerte, pudo salir sin percance, el joven de la garita se hallaba muy enfrascado hablando con una jovencita, seguramente empleada del hotel.

—¿Te apetece dar un paseo? —aventuró Piero a su compañera, una vez hubieran ya terminado la frugal pero caprichosa cena.

—Todavía es temprano para acostarme, está bien, andemos un

poco, pero sin alejarnos mucho, ¡el otro día me dolían los pies!

Salieron, la noche era apacible, no hacía calor ni frío, el cielo estaba lleno de estrellas y la luna se reflejaba en el mar.

—Qué hermosa es Niza —comentó Mirella—. A veces me recuerda el lago de Como; allí las noches también son suaves y la luna se asoma en las aguas del precioso lago.

—¿Has vivido en Como?, no me lo habías dicho.

—¡Qué va!, sólo fui en una excursión, como guía, estuve únicamente dos noches, por cierto que recuerdo algo que ahora me entristece. Gianfranco se trajo a Ginetta, ¡parecían dos recién casados y ya tenían dos hijos!, es horrible, Piero, pensar que ella ya jamás le tendrá a su lado, yo, ahora que te tengo a ti, que me siento tuya, como si fueras ya parte de mi vida, pienso en que si una cosa te pasara a ti, ¡no querría vivir!

—Ahora lo piensas, pero vivirías, aunque tienes que recordar que Ginetta tiene dos hijos, ha de vivir para ellos, y en ellos poco a poco, volcará todo el amor que sentía por su marido.

—Tienes razón, cuando quedan hijos del ser amado, la soledad no es tan cruel, tan desesperante.

Fueron andando lentamente, iban hablando de aquellas cosas, también el recuerdo de Loretta se hallaba vivo en el corazón de Mirella.

—Era tan alegre, tan bonita, sé que le gustaba Dino, pero yo le había aconsejado que no le hiciera mucho caso, Dino es un mariposón, le gusta ir de flor en flor, aunque el último viaje que hice con él, me dijo que ya estaba cansado de amor fáciles, que pensaba sentar la cabeza.

—Quizás estaba enamorado de ti —dijo Piero para ver lo que ella respondía.

—No creo que estuviera enamorado, ¡él no cambiada!, lo lleva en la sangre, de todos modos conmigo particularmente, siempre se portó bien, me gastaba bromas, pero como sabía quién era yo, no insistía.

Piero guardó silencio. Aquella mujer le importaba tanto que hasta sentía celos de que otros hubieran podido cortejarla. ¡Tan moderno, tan alegre con las chicas que habían pasado por sus brazos y su lecho y sin embargo, ahora sentía como un enamorado de aquéllos, tan pasados de moda, pero no le importaba seguir así!

Sabía que Mirella era digna de aquel cariño, de aquella adoración que sin recelo alguno le demostraba en las horas de intimidad con ella.

Regresaron al hotel, ella pidió su llave, la doscientos veinticinco, se hallaban en el mismo rellano pero en distinta parte, a la derecha saliendo del ascensor estaban las habitaciones con los números pares, a la izquierda los impares.

Piero pidió la suya. El joven distraídamente se la entregó pero al punto le vino a la memoria algo.

—Por cierto —dijo acto seguido—. ¿Ya ha visto a aquel señor italiano que le buscaba?

—No, ¿quién era?

—Pues no lo sé, sólo ha pedido por el chófer del autocar, bueno, por usted, yo le he dicho que mirara en el bar.

—¿Cuánto hace de eso?

—No sé, quizá algo más de una hora, sí, una hora y media, recuerdo que poco después ha habido el relevo de las camareras.

—Gracias, de todos modos si vuelve, no dude usted en avisarme.

—No tema ya sabe que le llamaré.

Mirella le aguardaba al pie de la corta escalera, para subir juntos en el ascensor.

—¿Qué pasa? —indagó con vivo interés cuando él se acercó.

—No sé, pero es raro, a no ser que sea Mario... en fin, ya volverá a dar señales de vida, aunque —vaciló, meditó unos segundos—, ha dicho que hace más de una hora, entonces nosotros todavía estábamos cenando, aquí hay algo que no me gusta, ven, subamos, procuraré llamar a Mario y salir de dudas.

Cogieron el ascensor y los dos se dirigieron a la habitación de Piero, como éste iba a hablar con su amigo, ella quería saber si era en verdad Mario el que había preguntado por Piero.

Encendieron la luz del techo, Piero se quitó la chaqueta, de repente se puso a curiosear. —¿Qué buscas?—. Mirella le observaba un poco intrigada.

—No sé, pero tengo la impresión de que alguien ha estado aquí, soy muy sensible, es mi mejor cualidad para mi trabajo.

—Anda, no exageres y ven a telefonear.

Fue cuestión de segundos, ella iba a darle la vuelta a la clavija para encender la luz de la mesilla, pero antes de que su mano

llegara a tocarla, Piero en un salto la cogió.

—¡Cuidado —dijo al mismo tiempo—, ya te he dicho que por esta habitación noto algo raro, espera, antes déjame ver a mí!

Ella, todavía con los ojos abiertos por el espanto ante aquella brusca acción se quedó silenciosa, poco a poco reaccionó y se fue acercando a ver lo que Piero había descubierto.

—Mira —con la luz de una linterna que sacó del bolsillo le hizo ver aquel pequeño bulto que se transparentaba bajo la tela apergaminada—. ¡Menos mal que he llegado a tiempo!

—A tiempo, ¿de qué?

—¿Es que no comprendes?, esto que ves aquí es una carga, pequeña pero lo suficientemente dañina como para que tú y el lecho volaran por los aires, y quizás de no haber sido por el aviso del empleado de abajo, hubiese sido yo el que hubiera recibido la descarga, espera, voy a tratar de desconectarla, toma —le tendió la encendida linterna—, aguántala, ¡malditos!, eso significa que ya el dragón mueve su asquerosa cabeza —mientras iba hablando fue sacando el mortífero artefacto y luego desconectó con sumo cuidado los hilos que eran portadores del peligro—. ¡Ya está! —anunció con tono triunfal—, por esta vez, les ha salido mal, pero ahora ya no podemos andar de paseo tan tranquilos, anda, vamos a tu habitación, a ver si también has tenido visita.

Terminó de destruir todo el contacto y dejó la carga sobre la mesilla.

Mirella volvía a sentirse asustada. Salieron de la habitación y se fueron directamente a la otra.

Piero llevaba la linterna, antes de encender la luz rastreó con la manual todo el cuarto.

—Ya podemos encender, creo que aquí no hay peligro —anunció a la impresionada Mirella. El mismo pulsó el interruptor y fue seguidamente a examinar la luz de la mesilla, la del lavabo, se subió encima del *water* para examinar el depósito del agua—. No tengas miedo, ¡todo está normal!, aquí no has tenido visita, esto revela que de ti todavía no han desconfiado —la abrazó y acarició el rostro—. Bueno, nena, lo siento pero he de irme, tengo que ver a Mario, ahora ya sé que el que ha venido no era precisamente mi amigo, ¡me gustaría quedarme contigo!, porque sé que estás atemorizada, pero he de irme, procura acostarte y dormir.

—¡Dormir!, ¿es que crees que podré sin saber de ti?, no, no podría ahora meterme en la cama, bajaré contigo, entraré en el salón de la televisión.

Piero echó una ojeada a su reloj de pulsera.

—Dentro de media hora se finaliza la emisión —le recordó.

—Bueno, quizás este tiempo me sirva para calmarme, también iré al bar y me tomaré una manzanilla, pero por Dios, aunque llegues tarde, javísame!

—Está bien, te prometo que lo haré, aunque sea ya de madrugada.

Y para que perdiera su miedo, para que recuperara su ánimo la besó largamente, incluso le dijo palabras cariñosas, como si se tratara de una niña.

—He de ir a buscar mi americana —dijo soltándola ya—. Cierra la puerta y espérame en el rellano, junto al ascensor.

Minutos después descendían, ella abrazada a él.

—Ten cuidado, Piero —su voz era un murmullo suplicante—. No te expongás, ya has visto que han querido matarte, prométeme que te cuidarás. —Claro que sí, tontina, ¿es que crees que no amo la vida?

Otro beso y ya se hallaban en la planta baja.

Piero se marchó, ella se fue directamente al salón que había al fondo del *hall* donde se hallaban unos pequeños pero muy cómodos butacones frente al aparato de televisión, era de pantalla muy grande y de colores.

Hacían, mejor dicho, estaba terminándose, una película de Alain Delon, precisamente en ella el famoso galán hacía de policía. Pero Mirella no prestaba atención al desenlace del filme, tenía el pensamiento puesto en su Piero.

¿Regresaría pronto?, ¿se libraría de todo peligro?

Lo que menos podía imaginar era que ella se hallaba al borde del abismo.

* * *

Renzo volvía a hallarse en Niza. Y algo preocupado, pero no por causa de Dupres, el hombre estaba completamente ignorante de que el citado se hallaba al margen de todos sus pasos y le tenía controlado, claro que era una forma tan sutil que Renzo no había

sospechado nada, creía que lo de la estatuilla era un detalle que no había llegado a conocimiento de Jean, ¡y ya se cuidaría él de que no pasara lo contrario!

Su malestar derivaba de que la marcha del millonario le había contrariado mucho, porque le había traído un maravilloso tesoro, una Madonnina atribuida nada menos que a Peruginno, era a pesar de ser una imagen muy pequeña, de gran belleza y mucho valor, y ahora Renzo, que creía tener comprador seguro, se encontraba que debía espabilarse y buscar otro de esos chiflados que se gastan fortunas para rodearse de piezas únicas y bellas.

Para quitarse el malhumor se lanzó a la calle, se metió en un concurrido café, tomó una copa, se aburría, en su mente surgía constantemente la imagen de una encantadora muchacha de ojos y cabello oscuro, de boca tentadora.

Sí, el recuerdo de Mónica le atormentaba. Deseaba a aquella mujer, y se había metido en la sesera que podría conseguirla a base de deslumbrarla con cosas materiales.

Tan grande fue el deseo de verla que ya no dudó más. Volvió sobre sus pasos y cogió su coche; poco después se hallaba ante el hotel que ella se hospedaba.

Al momento se dijo a sí mismo que había sido un iluso, era muy tarde, seguramente la joven ya debía estar acostada. Iba a poner en marcha de nuevo el motor cuando con gran alegría vio que aparecía en el umbral del edificio y se metía en el bar.

¡Aquello no era casual, era cosa de la suerte, del Destino! No dudó ni un momento, descendió del vehículo y entró en el café.

—Buenas noches —dijo a la espalda de Mirella, ésta estaba de pie ante el mostrador tomándose la manzanilla, tal como había dicho a Piero que haría.

Se volvió serenamente, aunque en su interior sintió como una especie de corriente eléctrica, pero helada.

—Buenas noches, señor Renzo, ¡qué sorpresa!, ¿cómo usted por aquí y a estas horas?

—He llegado no hace mucho, en avión, ¡he hecho una escapada! —prosiguió muy amable, hasta casi risueño—. Nunca he olvidado que usted me dijo lo mucho que le gustaría tener un pequeño coche para poder ir a ver a su familia con entera libertad, sin estar supeditada a otros medios de transporte. ¿No es cierto que me lo

dijo?

—Claro que sí, como también lo es que los sobres que usted hace que lleguen a mis manos los guardo íntegros para poder cumplir ese deseo.

—Pues por eso estoy aquí, ¡yo tengo muchos conocidos, gente adinerada!, dueños de riquísimas empresas, pues bien, di voces, por si alguno de ellos quería desprenderse de uno de sus coches, pero tal como le gustan a usted, no un Mercedes ni un Rolls, desde luego.

—Entonces. —Mirella seguía ya de lleno en su papel de Mónica —, ¿quiere decir que sabe de alguno que quiere venderlo?

—¿Venderlo?, ¡casi se puede decir regalado!, y además, en muy buen estado.

—Qué suerte, y dónde lo tiene, ¿en Milano?

—No, aquí, en Niza.

Ella hizo un gesto apagado.

—Debe ser un coche francés —musitó—, y si es así, ¡cuesta casi como uno nuevo pasarlo!

—¿Crees que yo hubiese hecho tan largo viaje para una cosa así? Se trata de un coche italiano, matriculado en Génova y quien lo vende va a venir ahora mismo —consultó su reloj—, es decir, dentro de veinticinco minutos estará en la puerta de mi hotel, ¿todavía duda?

Mirella quedó cortada. Recordó las palabras de Piero: «No, a ti no te han puesto nada, eso quiere decir que todavía confían en ti, que no saben en verdad quien eres». Ya no tenía porque dudar, con una sonrisa, contestó:

—Voy arriba a por mi chaqueta.

—¿Para qué?, si ahí está mi coche, será ir de hotel a hotel, además, la noche es muy cálida, parece como si estuviéramos en pleno verano.

Mirella desistió, ella hubiese querido subir para si durante su ausencia Piero llegaba, poder dejarle una nota, para que no se intranquilizara.

Pero tenía que seguir la corriente, evitar que Renzo albergara la más mínima sospecha.

Emprendieron viaje, Renzo le dio un cigarrillo, ella rehusó, dijo que todavía tenía el gustito de la manzanilla con limón y que le gustaba.

—Pronto llegaremos, estoy en el Cecil, casi enfrente de la estación —le explicó mientras iba conduciendo. Pero en su interior iba pensando en la situación que se encontraba. ¿Cómo se había lanzado tanto?, no había amigo, ni coche ni nada, ¿cómo reaccionaría ella?, claro que también podría decirle que el amigo había fallado... o quien sabe, quizás al saber que él no era un simple viajante, que le podría comprar no un coche pequeño, sino un lujoso y grande, ella se deslumbraría y acabaría por ceder. Hasta el presente, todo cuanto había él propuesto lo había aceptado, ¿no era ello indicio de que no le era indiferente?

Sus propios pensamientos le enardecían, ya había instantes en que la imaginaba desnuda entre sus brazos, recibiendo sus besos, acariciando sus muslos y senos que adivinaba soberbios y preciosos.

Cuando llegaron al hotel y se detuvo, Renzo era un ascua de ardientes deseos.

—Espere un momento —rogó antes de que ella saltara del asiento—, voy a ver si mi amigo ha llamado, es que antes de irme me ha dejado mandado que si venía antes que yo, subiera a mi habitación.

Decidido entró en el hotel, la recepción era muy grande y había dos empleados, un joven y una señorita. A ésta le pidió su llave y salió a buscar a Mirella.

—Venga, señorita Mónica, mi amigo no tardará en llegar.

Cuando entraron la joven recepcionista abandonaba su puesto de trabajo.

Renzo esperó a que saliera, luego pidió su llave al otro empleado.

—No está aquí, señor seguramente mi compañera la habrá entregado.

—Seguramente es así, mi amigo habrá subido arriba, yo le he buscado por aquí y he creído que no había llegado, venga, señorita Mónica, según parece ya nos están esperando.

Fueron al ascensor, era en el piso quinto donde se detuvo.

—Espere un poco, Mónica —rogó de nuevo cuando habían salido—, mi amigo es muy especial, podría estar poco presentable, ¡ya sabe, los hay muy frescos!

Ella sonrió y le dejó ir, oyó cómo llamaba a la puerta. A pesar de las advertencias de Piero, ahora se hallaba confiada, todo parecía

normal, además Renzo soportaba como un caballero, aunque sabía que no lo era, que era un hombre malo, no pudo sospechar que estaba siendo manipulada, que asistía a una comedia. Como la joven ignoraba los pensamientos de aquel hombre, de verdad creía en lo del coche y en que allí, se hallaba a unos cincuenta pasos.

—¿Qué le he dicho?, si conozco yo a Paolo, es de esos tipos descritos en *La dolce vita*, un fresco, un viva la Virgen, aunque en el fondo es un pedazo de pan, entre, entre, no tardará en aparecer, ¿sabe cómo me ha abierto?, pues en cueros, tal como su madre lo trajo al mundo, ¡es de lo que no hay! —no lo decía enfadado, sino como resignado y comprensivo para las rarezas de aquel amigo—. Siéntese, mientras tanto le serviré una copita.

—Pero ¡si yo no tengo costumbre! —protestó para que no se molestara tanto—, además, no tengo sed.

—Pero una copita de oporto siempre sienta bien, a todas horas —al hablar ya iba accionando, sacó vasos y botella de un pequeñísimo aparador que se hallaba adosado a la pared encima de una pequeña mesa—. Ande, no me haga remilgos, ¡esto gusta a todo el mundo!

No le quedó más remedio que aceptar. Bebió un par de sorbos y un poco extrañada le dijo:

—Sí que tarda su amigo, piense que es tarde y mañana tengo que madrugar un poco.

—Bueno, pero a usted le interesa el coche, ¿sí o no?

—Claro que sí, pero hágase cargo...

Renzo perdió las ganas de fingir.

—Y usted, ¿es que no se hace cargo de mis sentimientos?

Mirella no respondió al punto. Se limitó a dirigirle una mirada que él no pudo ver en toda su intensidad porque las lentillas ocultaban sus ojos.

Pero sí vio cómo ella se alarmaba, cómo se ponía en guardia.

—Vamos, preciosa, ¿no me irás a decir que te has creído toda esa historia del amigo? —La tuteaba y además se mostraba casi grosero.

Mónica dejó el vasito sobre la mesilla y ya mirando hacia la puerta empezó a andar.

—¡Alto! —Él la retuvo asiéndola por un brazo—, no te vayas, no vamos a reñir, anda, siéntate y escúchame.

Como una autómatas ella obedeció, ¡estaba entre dos fuegos, Mirella quería huir de allí, pero no sabía si Mónica tenía que quedarse! Aguantaría hasta el último momento; ahora más que nunca se daba cuenta de cuánta razón había tenido Piero al decirle que no se trataba de un juego; lo parecía, pero en el fondo había peligros de toda especie. Y ella se hallaba ante uno, quizá el más grave, como mujer, podía ser un gran momento crítico.

Renzo creyó que la había apaciguado, cogió una de sus manos que notó casi helada.

—Vamos, palomita, que no voy a hacerte daño, sólo quiero complacerte y darte a entender que no tienes por qué tenerme miedo, ¡yo no soy un simple viajante!, tengo muchos negocios, en Milano, en Marsella, en Hamburgo y también aquí, en Niza... si eres buena chica, te puedo comprar ese coche, y créeme, no es que te pida algo de otro mundo, sólo con que seas amable, cariñosa conmigo, yo ya me sentiré complacido, ¡eres tan bonita y me gustas tanto!

Mirella tembló de pies a cabeza. ¡Cuán diferentes sonaban aquellas palabras a su corazón, a las parecidas que le había susurrado su amado Piero!

—¿Por qué no contestas? —Renzo se impacientaba—. ¿Tan raro es lo que acabo de pedirte?

Ella se sobrepuso a su indignación, a su repugnancia. De poder obrar tal como era, le habría abofeteado, claro que no habría habido ocasión porque ella, Mirella jamás habría subido al coche de aquel hombre, pero era Mónica y como tal, tenía que reaccionar.

—La verdad es que me ha cogido desprevenida, como usted nunca me ha dado a entender nada, yo, como es lógico, no creía que usted albergara esos pensamientos respecto a mí.

—Pues ahora ya lo sabes, preciosa, ¿vas a ser condescendiente conmigo?

—¿Por qué no me habla claro de una vez?, estoy a medias luces, no sé si me pide que sea atenta u otra cosa, la verdad, no sé qué pensar.

—No te hagas la tonta, si has venido aquí con la idea de que te regalara ese coche, bien podrías pensar que no iba a hacerlo por altruismo, sino porque me gustas y soy un hombre que sabe tratar bien a las mujeres.

—Siendo así, no se enfade, pero yo soy una chica muy alegre pero no una cualquiera, por eso le ruego que me deje marchar, yo cogeré un taxi, no es necesario que usted se moleste, ya me iré sola al hotel.

Renzo se sintió como si le hubieran abofeteado. ¿Qué se había creído aquella estúpida? ¿Rechazarle a él, después de lo considerado que había sido?

Renzo perdió la paciencia, se enfureció y cuando vio que ella se dirigía a la puerta, se adelantó para cerrarla y se guardó la llave.

—Si hubieras sido comprensiva, me hubiese portado muy bien contigo, pero eres una desconsiderada y por eso harás lo que a mí me plazca —dicho lo cual se abalanzó sobre ella y la abrazó.

Pero Mirella ya no era la sumisa muchacha que él conocía. ¡Era una fiera que le daba golpes, patadas y que cuando intentaba besarla le mordía con todas sus fuerzas!

Renzo estaba fuera de sí, el roce del cuerpo que le tenía trastornado, la propia rebeldía de la muchacha, su resistencia, despertado más que nunca sus deseos y ya a lo bestia, de un tirón le rompió la parte de arriba del vestido, dejando el hombro y parte del pecho al descubierto.

Como comprendió que ella no cedería, le dio una terrible bofetada que casi la hizo tambalear y ya iba a desnudarla cuando llamaron fuertemente a la puerta.

La dejó sobre el sillón y aspiró profundamente para serenarse. ¿Quién llamaría a aquellas horas? No tardó en salir de dudas, desde fuera una voz que conocía bien, decía:

—Abra, Renzo, tengo un mensaje del jefe urgente para ti, no te hagas el remolón.

—¿Qué pasa? —Abrió de mala gana—. ¿Es que uno no puede estar ni tranquilo siquiera en la noche?

El otro entró y como era de suponer, lo primero que vio fue a la joven que se estaba recobrando y tratando de tapar lo que aquel salvaje había dejado sin ropa.

—Ah, conque ésas tenemos, ¿eh?, anda, debes acompañarme, Dupres te está esperando, en cuanto a ésa, ¿qué quieres que hagamos con ella?

—Nada, vendrá con nosotros, la dejaremos en su hotel.

Aqué! era en verdad el pensamiento de Renzo, pero no así las

órdenes que el fornido Henry, el de Marsella, tenía de su amo y señor.

—Aquí está mi coche —indicó Renzo una vez estuvieron en la calle.

Mirella, aguantándose para no llorar por culpa de las malditas lentillas, con la mano, disimuladamente se agarraba el destrozado vestido, para que no se viera.

—Iremos con el mío, yo conduciré —respondió el marsellés autoritario y muy secamente.

A la joven la hicieron tomar asiento en el interior, ellos dos delante, Henry conduciendo, por cierto muy aprisa.

—¡Espera! —exclamó Renzo—, vas mal, tienes que ir por la derecha, el hotel de esa chica está por allí.

—Lo siento, el jefe me ha dicho que os llevara a los dos.

—¿Cómo a los dos?, ¿quieres decir también a ella? —se alarmó—. ¿Cómo puede saber que estaba aquí?

—El Conejo —era el apodo dado a aquel sujeto canijo de mirada siniestra que Dupres había encargado vigilara a Renzo— te ha visto y se lo ha dicho, así que ya lo sabes, ¡y nada de protestar ninguno de los dos!

Su tono no admitía réplica. Todo el ardor de Renzo se había apagado, en su lugar sentía como si el frío de la muerte le fuese acariciando.

¿Qué era lo que sabía Dupres? ¿Por qué lo había hecho espiar? Cada vez era más intenso el miedo, bien sabía él cómo el jefe las gastaba, no tenía piedad, claro que él tampoco, aunque no había matado por propia mano, sí había pagado para que lo hicieran.

Mirella guardaba un sepulcral silencio, quería escuchar todo lo que entre ellos decían; ya sabía que al propio Renzo lo tenían bajo control, sabía que se hallaba en una encrucijada, pero daba gracias a Dios porque la había librado de caer bajo la brutalidad de aquel hombre que cuanto más lo pensaba más sentía odiarle.

El coche iba raudo por calles y callejuelas hasta que salió a la carretera general.

—Escucha, Henry —la voz de Renzo salió persuasiva—. ¿Por qué no me dices lo que Dupres tiene contra mí?

—Yo cumplo órdenes, ya sabes que él no dice nada, pero si nada has hecho, ¿por qué estás tan intranquilo?

—Cualquiera diría que tú eres un santo, ¿crees que él no sabe lo que te quedaste del alijo de Marsella?

—Mira, a mí no me vengas con tapujos, ¡yo nada tuve que ver con el chivatazo de aquella noche!, si les cogió la poli fue por otro conducto, no porque yo hablara, ¿es que crees que el jefe me lo hubiera consentido?, pues sí que lo conoces bien...

Mirella seguía escuchando y tratando de adivinar el camino por donde pasaban. Por los letreros vio que iban por la carretera que conducía a Mónaco, de pronto el coche se detuvo allí mismo, en plena carretera, a la joven le dio un vuelco el corazón, ¿es que iban a matarles?, pero al ver que Renzo no decía nada se contuvo.

—¡Ya hemos llegado! —anunció el de Marsella y empezó a descender por unas escaleras hechas sobre terreno y sin barandilla de ninguna clase.

Mientras iba descendiendo, Mirella para dominar su miedo y sus nervios se puso a rezar en silencio.

«¡Señor —decía mentalmente—, protégeme!».

CAPÍTULO VI

Piero había puesto al corriente de todo lo ocurrido en el hotel, a su colega. Mario, a su vez, también le contó que entre él y la policía francesa estaban a punto de desenmascarar a aquellos bandidos.

—Iremos a verles —dijo ya casi con un pie en la puerta de la pequeña habitación del modesto hotel donde se hospedaba.

Llevaba un coche alquilado, era un Renault ya bastante antiguo, uno de los llamados R6, pero era veloz y marchaba divinamente.

—No puedes correr por aquí con coche de matrícula italiana, para mi trabajo necesitaba un coche así, sin pretensiones pero fuerte y que no llame la atención.

En seguida llegaron a la jefatura, aunque allí se decía de otra manera.

—Menos mal que podremos hablar con él —explicó refiriéndose al colega francés que colaboraba con él—, está de guardia.

Pidió por el agente Michel Clement y a los pocos minutos el solicitado apareció con cara somnolienta.

—Vaya —rezongó pero con simpatía—, ¿qué nuevas traéis por aquí?

No conocía personalmente a Piero pero por las referencias que de éste le había hecho Mario al punto dedujo que se trataba del otro agente italiano.

—Yo no te hubiera molestado, pero escucha lo que Piero va a decirte.

El aludido repitió la historia tal como había ocurrido.

—Es mala señal, ya han husmeado que les estamos cercando —y gracias a su explicación, Piero sabía que la policía francesa no estaba dormida, habían agentes especiales en Marsella y en Niza—; vamos a caer sobre ellos como una tromba —acabó risueño.

—Entonces, ¿es prudente que mi compañero siga viajando como chófer?, intentando eliminarle.

—Lo mejor sería que consultara con vuestro jefe, aunque es un poco tarde, antes de tomar una decisión yo en su lugar le telefonearía, y eso pienso hacer yo también, poner al mío al corriente de todo, él es quien más interesado está en poder atrapar a esa gentuza, para nosotros lo de la droga es sagrada, aunque en este caso no sea para ser distribuida aquí, pero como nos huele que viene de Marsella, lo normal es que también desde allí la manden a otros lugares de Francia, lo cual les resulta más fácil porque no han de pasar fronteras.

Los dos jóvenes se despidieron de él muy amables y todos puestos de acuerdo en caso de que ocurriera otra anormalidad.

—No sé la de tipos que ya tienen controlados —te explicó Mario a su amigo ya otra vez de camino—, creo que a ese de Milano, al tal Renzo le han seguido tan de cerca, sólo están esperando que se ponga en tratos para vender otra pieza para cogerle con las manos en la masa.

Llegaron al hotel de Piero.

—¿Quieres subir? —invitó éste—, llamaré desde mi habitación al señor Ugo, así sabrás lo que él me ordena.

Subieron y una vez hubo abierto la puerta con cautela, por si durante su ausencia el asesino al saber frustrado su intento lo había probado de nuevo. Pero todo estaba tal como lo había dejado. Piero se dirigió al teléfono.

—Antes de llamar a Milano voy a avisar a Mirella de que ya estoy aquí, ¡la pobre!, se ha llevado un susto, seguramente que aún está despierta —llamó a conserjería para que le pusieran en contacto con la habitación 225.

—Disculpe, pero no cogen el aparato, no creo que esté dormida, ¡espere!, la llave de esa habitación está aquí abajo, esa señorita ha salido.

Piero dio las gracias y colgó. Con rostro demudado se volvió de cara a su amigo.

—Mario, aquí ocurre algo raro, ella me ha dicho que iba a subir en seguida, ¡no lo comprendo!, pero si el bar ya está cerrado, ven, vamos a pedir la llave para ver qué pasa.

Bajaron con toda rapidez y Piero, el joven de la recepción les

atendió muy diligente.

—Bueno, creo recordar que esa señorita ha salido en dirección al bar, espere —cerró los ojos unos instantes como si forzara su mente para recordar una escena—. Sí —dijo seguro—, me acuerdo bien que la he visto ahí, en la acera hablando con un señor.

—¿Podría decir más o menos qué aspecto tenía?

—Oh, si le he visto otras veces, es viajante, pero no sé cómo se llama.

—Yo sí —murmuró Piero entre dientes, de repente se encaró con Pierre—. ¿Tiene ese pequeño maletín que han traído a nombre de la señorita Mónica?

—Sí, aquí está —se agachó y lo sacó de debajo del mostrador—, pero no sé si debo dárselo.

—Debes, muchacho —terció Mario al tiempo que le mostraba su credencial de policía secreta.

—Ya no llamo a Milano —exclamó Piero—, es seguro que a Mirella la han secuestrado, o quizás sólo la tienen como rehén, ¡nunca me perdonaré el haberla metido en ese asqueroso asunto! —se reprochó a sí mismo sin ocultar su intensa preocupación por la suerte de su amada—. Volvamos a la jefatura, que Michel llame a su jefe para ver si reventamos de una puñetera vez.

—Cálmate, no te excites, me hago cargo de tu estado de ánimo, pero ahora más que nunca precisas de tu sangre fría y tu serenidad.

Volvieron a llamar a Michel y cuando éste habló con su superior dándole cuenta de lo que acababan de decirle sus colegas italianos, entonces el jefe contestó que no se movieran por lo visto se habían precipitado los acontecimientos, el iba a llegar allí en quince minutos.

Aquel cuarto de hora se le hizo interminable a Piero, no podía apartar de su mente el recuerdo de Mirella, el peligro que corría la joven en poder de aquella gente sin conciencia. Estuvieron hablando con los agentes franceses y era, aparte de la gravedad del momento, algo gracioso porque ni unos dominaban bien el francés ni éstos el italiano, pero se entendían perfectamente.

El mandamás fue puntual y lo primero que pidió fue que Piero se pusiera al habla con su jefe.

—¡Sáquelo de la cama si es preciso! —dijo enérgico—, pero es preciso que nos unamos, que todo el trabajo que se ha hecho en

Milano se culmine esta noche, porque de no hacerlo así, los de aquí avisarían y no los cogeríamos a todos.

Piero obedeció. Don Ugo no estaba acostado, lo cual le alegró. En un momento le hizo saber la comprometida situación en que se hallaban.

—Los franceses están en todo de acuerdo, ¡quieren acabar con ese tráfico y creen que aquí hay un pez gordo!

Don Ugo dio algunas instrucciones, sobre todo para proteger la vida de aquella valerosa joven.

—Pacten, si es preciso, pero que ella no pague con su vida lo que sólo a nosotros nos incumbe —fueron sus últimas palabras además del saludo.

Mientras Piero hablaba, el jefe francés había estado llamando a todos los hombres que tenía especialmente destinado para ese caso. Así supieron que habían visto salir a Renzo, que otro enlace había salido para seguirle, habían registrado su habitación y dentro de una maleta habían encontrado un cuadro pequeño de la Virgen, que seguramente debía ser muy antiguo. Los agentes no estaban tan al corriente en pinturas y arte, para ellos lo esencial era ir envolviendo al hombre en una especie de tela de araña, para que cuando fuera a escapar no pudiera salir de la maraña.

Renzo, sin saberlo, había brindado a la policía un gran servicio, porque con su codicia y su deseo de conseguir a la joven Mónica, se había movido sin la vigilancia de Dupres y esto le había perdido, pero no sólo a él, sino que la estupidez de aquel hombre había alcanzado al propio Jean.

Cuando éste, que estaba hecho un basilisco, le vio entrar siguiendo a Henry, ganas le vinieron de cogerle entre sus manos y ahogarle, pero se contuvo.

—Por lo visto —le espetó visiblemente enojado—, yo ya no te inspiro ni siquiera miedo, ¡es que has olvidado que yo lo sé todo!, ¿qué es lo que pretendías intentando vender la Madonnina? —Luego miró a Mirella que muy serena, se había quedado rezagada—. ¿Quién es esa mujer?, ¿qué clase de lío te traes con ella?

—Jefe, ningún lío, pero es que me gusta, ¡perdone, jefe!, yo lo he hecho todo por esa causa —parecía un gato mojado, Dupres iba a responder cuando en aquel momento sonó el teléfono. Fue el canijo que se hallaba en un rincón quien corrió a descolgar y

atender la llamada.

—Es Denis, dice que es urgente, que quiere hablar con usted.

Dupres cogió el aparato y algo grave debía decirle aquel tal Denis, porque a medida que iba escuchando su rostro pasaba de la indignación a la congestión.

—¡Rápido, id al hotel en seguida y retirad el paquete!, y antes de diez minutos ya quiero saber que obra en vuestro poder, ¡llamad en seguida!

Colgó y su mirada cargada de furor y odio se centró en la figura de Renzo.

—Voy a matarte, maldito bicho, por tu culpa toda la policía se ha puesto en movimiento, ¿por qué me fiaría yo de semejante traidor? —Estaba a punto de estallar, tanto Henry como el pequeñajo y el mismo Renzo guardaban silencio, conocían cómo las gastaba, era mejor que se desbravara.

No habían pasado los diez minutos pedidos aún, cuando el timbre resonó de nuevo, ahora ya que el propio Dupres quien descolgó. No pronunció una sola palabra, se puso lívido, parecía que los ojos iban a salirse de las órbitas, colgó y sacó un revólver y ante la pasividad de los asistentes, encañonó a Renzo. Éste, bañado en sudor, con un gesto desesperado, se puso de rodillas implorando.

—¡No, jefe, no, no me mate, yo no sabía que iba a pasar todo esto!

—Y te irás sin saber en verdad lo que ha pasado —respondió y así, fríamente le disparó tres tiros, el primero en la cabeza, el segundo en el pecho y el tercero ya sobre el cuerpo caído.

La que también cayó fue Mirella. Al primer disparo sintió que las piernas se le doblaban, ella ya no oyó los otros, había perdido el conocimiento de la impresión que le produjo aquella violenta y terrible ejecución.

El fuerte Henry la levantó, le dio un ligero bofetón y entonces ella abrió los ojos. Lo primero que vio fue a Dupres que la observaba con una frialdad que la aterrorizó.

—Bueno, pequeña, ¡ya has visto cómo las gasto!, así que desembucha y dime qué ha pasado esta noche.

—No ha pasado nada, el señor Renzo me dijo que había un amigo suyo que deseaba venderse un coche pequeño y como yo

quiero uno, pues he ido a su hotel para hablar con ese otro señor — hacía esfuerzos sobrehumanos para poder responder tan atinadamente—. Y de tu amigo el conductor, ¿qué sabes?

—¿De Piero?, ¡nada!, no sé si está durmiendo o bailando en una discoteca —casi no tuvo tiempo de acabar la frase, la mano de Dupres cayó sobre su cara con salvaje fuerza, hasta la hizo ladear.

Ella sintió un coraje tan grande al ver como aquel bruto la había abofeteado que sin poderse dominar, le miró con todo el asco y odio que le inspiraba y le llamó asesino.

—¡Déjate de bravatas y canta!, pero bien, porque yo sé que ese chófer es policía y sé que tú sabes más de lo que dices, así que dímelo todo a vas a seguir a ése —señaló el inerte cuerpo de Renzo que todavía se hallaba allí tendido como un guiñapo.

Pero Mirella no tuvo tiempo de contestar, la puerta y la ventana se abrieron de golpe conjuntamente y Piero, Mario. Michel y otros tres agentes irrumpieron como una tromba sin darle tiempo a Dupres para volver a sacar el arma.

—Quieto, amigo —fue Piero el que se le acercó apuntándole, después de percatarse en una sola ojeada de que Mirella se hallaba ilesa—, ahora se ha acabado el historial, te quedarán muchos días para estar en la sombra.

El comisario francés también se acercó. Mientras, Mario se ocupaba de esposar a Henry y uno de los franceses al canijo que ni chistó.

—¡Vaya, vaya!, ¿con que el honorable señor Jean Dupres, el asiduo animador de las noches mundanas, es nada menos que una especie de cabecilla de todas esas repugnantes ratas?, ¡espera, Michel, antes de que te los lleves, pregunta a esa lagartija pequeña quién es el que ha disparado sobre ese que hay ahí!

—No hace falta —aclaró Mario que llevaba en la mano la pistola del «honorable»—, ha sido él, mire el arma, todavía huele, casi está caliente.

Envuelta en el mismo pañuelo con que la había cogido la entregó al jefe francés, luego se dirigió hacia donde se hallaba Mirella, vio su rostro demudado, el terror reflejado en sus ojos a pesar del postizo, su vestido roto, el temblor de su cuerpo.

Con una ternura infinita, con algo jamás sentido que le nacía de lo más profundo de su ser, la abrazó y acarició su rostro igual como

si acariciara a una niña desvalida.

—No temas nada, cariño, ¡el juego ha terminado!, vámonos al hotel, lo importante es que descanses, después ya nos contarás lo ocurrido.

Los dos facinerosos menos importantes, aunque también Michel reconoció al marsellés, subieron al pequeño coche patrulla; Dupres, no por deferencia, sino por preocupación, fue introducido previamente esposado en uno de los coches pequeños, entre el jefe y Michel.

El otro coche, conducido por Mario, ya iba delante, en su interior iban Piero y Mirella, ésta llorando nerviosamente, dejando así escapar toda la terrible tensión vivida.

—Ha sido horrible, Piero —confesó al joven cuando ya se hallaba más sosegada—, ese hombre ha matado a Renzo delante de mí.

—No le tengas lástima, piensa en los que murieron por su culpa y ten la completa seguridad de que fue él quien se cuidó del destrozo del autocar.

—No, no siento su muerte, ¡si supieras el susto que me ha hecho pasar en su habitación!

—De eso hablaremos mañana, ¿por qué diablos te has ido con él?

—Escucha, Piero, quien se ha ido con Renzo no he sido yo, ¡era Mónica!, tenía que daros tiempo, quería averiguar, yo no sabía que la cosa estaba ya tan madura.

—Han intentado matarme, todo se ha precipitado, lo esencial es que están detenidos, también en Milano los habrán cogido, sobre todo al que va a buscar la maleta que ya llevan días controlándolo.

Poco después Mario se detenía.

—Es mejor que os acostéis, ¡mañana tendréis tiempo de sobra para charlar!

—Y existe otra cosa, ¡el autocar ha de salir, los pasajeros que esperan ir a Milano no tienen la culpa de todo el sarao que hemos organizado esta noche!

—Yo también regresaré mañana a mediodía, pero lo primero que ahora haré será llamar a mi mujer, la pobre debe estar desesperada, pero en cuanto le diga que pasado mañana todo lo más tardar ya estaré de nuevo en casa, creo y espero —sonrió algo

pícaro—, que se le pasará el enfado.

—Dale recuerdos míos, dile que se compre un bonito vestido.

—¿Otro?, ¿para qué?

—Lo necesitará, vais a ser padrinos de boda —también lo dijo sonriendo y visiblemente complacido.

—Entonces, esta vez va en serio, ¿eh?

—Sí, hombre, ya te lo dije, ¿qué quieres?, consuélate, voy a ser otro que va a formar parte del clan de los sufridos maridos —parecía imposible que pudieran hablar así, pero era cierto; habían operado conjuntamente con la policía local y el resultado había sido de lo más satisfactorio.

¡Tenían derecho a bromear!

Mirella les escuchó sin hacer comentario alguno, cuando Piero había dicho lo de la boda, sintió cómo su corazón brincaba de gozo.

Bajaron del coche, Mario se fue a su hotel y ellos con aquel aspecto tan fatigado entraron en el suyo, Piero pidió las dos llaves y cogidos amorosamente fueron hacia el ascensor.

Mientras éste subía él la abrazó, apretándola contra su cuerpo con gran ternura.

La acompañó a la puerta de la habitación, allí mismo le cogió la cara por la barbilla y la besó, suavemente, sin pasión.

—Cariño, ¡necesitamos dormir, descansar de la tensión que hemos vivido!, tú sufriendo en poder de Renzo, yo al saber que estabas con él, hasta he creído que te habían secuestrado, en fin, no quiero pensarlo, ha sido una pesadilla que gracias a Dios ha terminado y muy bien en todos los aspectos.

Volvió a darle un beso en la frente y ya se dirigió a su cámara.

FIN

Clot Mensi es el seudónimo que utilizó Clotilde Méndez Simón. Se dedicó sobre todo a los bolsilibros de género romántico, en los que usó el seudónimo de Clotilde Méndez.